

QLIPHOTH



Sergio Fuster

Adriana Manrique

Jorge R. Ogdon

J. Alexander Padron

Eduardo Vaquerizo

6

ÍNDICE

	Editorial.....	III
	'El loco de la mata de coco', por J. Alexander Padrón.....	IV
	'Mística', por Eduardo Vaquerizo.....	VII
	'El Ejército de los Cielos', por Sergio Fuster.....	X
	'El Toro Apis', por Adriana Manrique.....	XV
	'La Puerta Etrusca (IV)', por Jorge R. Ogdon.....	XL

Julio 2002

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Dirección de contacto: qliphoth@dreamers.com / qliphoth@chryshantemum.com.

ISSN: 1578-1739

EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

DISEÑO DE PORTADA:

KARO/LAS VEGAS CONNECTION.

COLABORAN:

Sergio Fuster, Adriana Manrique, Ricardo Martín de Vidales (ilustración de editorial), J. Alexander Padrón, Eduardo Vaquerizo y Jorge R. Ogdon (ilustración de relato).

EDITORIAL

"Lucha entre editores para dirimir quién escribirá el editorial de este número."

Ilustración de Ricardo Martín de Viales © 2001

Publicada originalmente en Qliphoth 5.



El loco de la mata de coco

Por J. Alexander Padrón

Basado en una historia real

Sí, así es, ése soy yo. Tres aseveraciones para tres grandes mentiras. En primer lugar no es “la” sino “las”, son cuatro. En segundo las matas de cocos no existen: el cocotero no es una mata, es una palmera. Y además, yo estoy perfectamente cuerdo.

Son ellos quienes han perdido el juicio. Y ni siquiera se percatan de ello. Claro, que puedo entenderles. Hace algún tiempo yo era también así, malgastando mi tiempo en borracheras en el bar de la esquina o persiguiendo malditos autobuses para llegar a mi cochino trabajo. En una vida así cómo no enloquecer, me pregunto. Los niños *saben* que los adultos están orates y los miran sin comprender. Cuando intentan entender la locura los contamina y terminan ellos mismos corriendo de un lado a otro sin sentido. Los viejos *sabían* lo que es estar locos y desaprovechan en nostalgias la oportunidad de vivir racionalmente. La locura sólo regresa a ellos de forma esporádica, y nunca por mucho tiempo. Sus cuerpos están demasiado gastados para llevarle el paso.

Cuando la demencia es general es difícil percibir. El primer paso para curarse es aceptar la enfermedad, y son precisamente ellos quienes me dicen que lo acepte: mis antiguos amigos, y mi familia después. Los vecinos también, sólo que con un leve deseo que no lo hiciese para tener a alguno de quien burlarse. Y los de la clínica más tarde. A todos les dije que yo aceptaba que *ellos* estaban orates y les dejaba ser, así que debían hacer lo mismo por mí. Pero... ¿quién puede hacer razonar a tantos desquiciados?

¿Quieren saber cuándo me di cuenta de mi enfermedad? Si me permiten debo hacer un poco de memoria. Creo que todo empezó un tempestuoso día de septiembre, de ésos en que el viento sopla con fuerza y agita las copas de los árboles. O tal vez un poco antes. Definitivamente comenzó cuando me hice cargo de la basura de mi traspatio.

Deshacerse de la madera de una vieja casa

recién remodelada no es tarea sencilla, no señor. Mis economías se habían ido todas a los bolsillos de los constructores —quienes, por cierto, habían hecho un trabajo excelente. Pero el patio estaba aun lleno de las tablas podridas que antes habían sido mis podridas paredes. Como en otras ocasiones, romper con el pasado suele ser más molesto que doloroso.

Alguien me sugirió entonces que la forma más sencilla de deshacerme de ellas sería quemándolas, y no me pareció mala idea. Intenté hacerlo en mi propia tierra y por poco me cuesta el divorcio. El humo no solo llenó cada rincón, apestando horriblemente y dando a mi hijo menor un ataque de asma; sino que, por si fuese poco, tiznó la mampostería recién pintada y me obligó a dar cepillo y detergente por más de siete días. Entonces tuve la gran idea de incinerar al frente de la casa, bajo los cuatro cocoterros. Así que me armé de una lata de queroseno, un mazo de tablas y un encendedor y con la tácita aceptación de todos los de la zona y fui adelante con mi plan.

No era la primera vez que se usaba aquel espacio como horno. Entre los cuatro troncos se extendía una capa de ceniza bastante gruesa, así que no sentí ningún remordimiento mientras arrojaba la madera a la pira funeraria de mi antigua casa. Las llamas, avivadas por el viento, lamían la corteza ora al norte, ora al sur. Y no pasó nada, así que desde aquel día montaba mi cocina de recuerdos todos los fines de semana.

Llegó entonces ese ventoso día de septiembre. No es que haya sucedido nada especial excepto mi accidente, pero a partir de él empecé a reflexionar.

Estaba acomodando la basura para incindiarla cuando me cayó un coco en la cabeza.

Tampoco sé por qué la gente se empeña en llamarles “cocos” a las nueces de cocotero. Ni por qué se las relaciona con los monos. Yo nunca he visto a ninguno lograr partir una nuez, ni con los dientes ni contra una piedra. Si no me cree sólo inténtelo. Yo siempre tengo que usar mi machete. Pescar hormigas con una varita si que lo he visto.

Además, ¿sabía usted que el cocotero es el árbol que más viaja en el mundo? Sus nueces son impermeables al agua salada y flotan perfectamente, así que pueden viajar miles de kilómetros para retoñar en cualquier playa nueva adonde lleguen. Es por eso que se les encuentra en casi todas las islas del planeta.

Y no fueron diseñadas originalmente para comer. Las fresas o las manzanas sí, por que mueven sus semillas en las heces de los animales. Pero dentro de la nuez de coco los nutrientes viajan para dar el alimento inicial a la planta. Como el huevo.

Y los *loas* me han contado que también son el puño de la palmera. Y que aquel día decidieron castigarme por mis ofensas.

Nunca llegué a perder el conocimiento por completo, excepto en el instante que la nuez me pegó en el cráneo. Después de cinco días de dolores de cabeza, náuseas y lágrimas de mi familia me anunciaron que había tenido suerte. O algo parecido a eso. No había fracturas ni derrames en el cráneo, aunque sí me había roto las primeras tres vértebras cervicales. El médico estaba maravillado de que no hubiese hecho algún movimiento brusco con el cuello camino al hospital: de ser así las astillas habrían seccionado la médula espinal y les estaría contando esta historia desde una silla de ruedas.

Los pronósticos no eran demasiado alentadores. Una recuperación larga, mucha fisioterapia y ninguna posibilidad de recuperar el movimiento habitual de la cabeza. Ya me veía usando ese armatoste que llaman minerva por lo que me quedase de vida, mientras mi ventana veía los meses pasar a través de las copas de los cocoteros. Me obsesioné pensando cuál de ellos había sido, cual me lanzó aquella maldición que destruyó mi carrera de químico, sepultándola en un certificado médico por tiempo indefinido.

Una noche de diciembre, un año y algunos meses después del accidente, crucé el traspatio para preguntar a los cocoteros. La madera podrida, inmóvil durante todo aquel tiempo, se había convertido en humus terroso y se había quedado definitivamente en casa. Hacía frío, y las Navidades estaban próximas. El ruido de las pencas siseaba levemente una canción de una sola nota al viento. Apoyé la mano y le pregunté al tronco: “¿por qué?”

Los doctores se maravillaron por mi

recuperación. En los tres meses que siguieron mis fracturas se replegaron y tres vértebras como salidas de un libro de anatomía ocuparon el lugar de las maltrechas. Recuperé todo el movimiento del cuello. Mis colegas de carrera se alegraron y planearon una fiesta de regreso. Y dicen que en ese momento perdí la razón.

¡Ja!

Dentro de los troncos de los cocoteros, frente a la que fue mi casa antes de que mi esposa la vendiese, viven cuatro *loas*. Cuatros espíritus. Nunca me dijeron sus nombres. Ellos me castigaron, y después me devolvieron la salud. Desde entonces vivo aquí, alimentándome de las nueces que me otorgan, de la cama que me brindan sus copas y del agua que me bendice día a día. La capa de ceniza ya no se engrosa entre los troncos que acaricio. Yo los protejo y ellos me cubren. Nadie arranca sus frutos sin permiso. A veces algunos *hougans*, sacerdotes buenos, me piden una nuez para reparar un daño. Si los *loas* lo aprueban se la doy. A los brujeros, o a los que quieren sólo hacer mal a los cocoteros no. Ellos ni se acercan. Aunque solo uso mi machete para partir nueces, les intimidó.

La semana pasada se ha mudado al vecindario un nuevo vecino, a la casa que antes era mía. En realidad no me importa- mi hogar es ahora más confortable, y no estoy loco como antes. Él sí. Apenas me vio me dijo que me largase del frente de su casa. Por las noches, desde la copa de mi cocotero, le veo deambular por las habitaciones sumido en su propio mar de alcohol y vida libertina, y siento pena por él. Tiene mucho dinero, y todos los del barrio quieren ganarse su amistad inexistente con elogios y mala conducta. Todos se muestran más agresivos contra mí. Antes me tenían por el loco de la mata de coco y me hacían el caso que merecía mi apodo. Algunos incluso me saludaban. Ahora todos me detestan, hasta los niños que antes venían a escuchar los *patakines*, las historias que me contaban los *loas* y que yo repetía. Me lanzan piedras, yo no hago nada. Los espíritus me dicen que no haga nada. Que para el que da mal, el suyo viene en camino. Me ofenden. Yo respondo con el silencio.

Ayer el nuevo vecino se asomó al portal y me gritó una obscenidad desdeñosa. Una hora después llegó una cuadrilla de áreas verdes y comenzó a preparar cuerdas y sierras. Aunque sabía para qué no me atreví a preguntar hasta que

comenzaron a avanzar y llenar de lazos los troncos de los cocoteros. El jefe del equipo agitó un papel acuñado frente a mi cara, rió, y sin quitarse la mueca de los labios fue a tomarse un trago de la botella que mi nuevo vecino agitaba en el portal.

No podía permitir aquella irreverencia. A pesar de las voces de los *loas* trepé al tronco más cercano y con mi machete corté las cuerdas. Los obreros rezongaron y trataron de derribarme con palos y piedras que llevaban en su camión; pero me subí a lo alto donde ninguno podía alcanzarme y les respondí mostrando los puños desde las palmeras. Al principio solo traté de espantarlos, pero uno de ellos gritó a sus compañeros que me tumbaría con mata de cocos y todo y encendió su sierra. Yo no temía por mí, porque podía saltar de una copa a otra como muchas veces lo había hecho y no iba a caer. Pero el *loa* en el tronco moriría. Y eso no iba a pasar mientras yo estuviese allí para evitarlo.

Cuando el primero murió con el cráneo aplastado por (y como) una nuez los demás se dieron cuenta que esto iba en serio. El vecino y el jefe corrieron a refugiarse de mi ira dentro de la casa, los obreros se alejaron todo lo que pudieron. El barrio entero se asomó a gritarme groserías, mientras yo gemía que nos dejasen en paz, que los espíritus no querían hacerle daño a nadie y que todo estaría bien si la brigada se iba. A la media hora llegó la policía y acordonó el área, pero yo no iba a permitirles que hiciesen nada contra mis palmeras y continué lanzando los puños. Tal vez fue en ese momento cuando comprendí qué eran los cocos para los monos. Sorbí en lo alto el aire,

puro del aceite de motor de las sierras, y prometí que nada ni nadie me sacaría de mi improvisada fortaleza.

Al caer la noche, bien avanzada la madrugada, el sueño me rindió. Fue el cansancio, o aquella aguja emplumada que se clavó en mi muslo, lo que me hizo resbalar por la corteza, acunado por las antiguas canciones que los *loas* me tarareaban desde las copas movidas por el viento. Lo cierto es que desperté en una habitación blanca y lloré amargamente por mi estupidez y mi fracaso en la tarea sagrada de proteger los troncos.

Después vino el silencio.

Cuando me preguntaron los motivos por los que defendía aquellos cuatro cocoteros no respondí. Tampoco dije nada sobre mi accidente ni de los días que siguieron: mi ex esposa y los furiosos vecinos del barrio se encargarían de ello, adornando la historia con recuerdos de agresiones inexistentes, contarían sobre el celo con el que mantenía afilado mi machete, o les dirían de aquel niño que iba a escuchar mis historias y que desapareció después de una borrachera de su padre. Sí me sorprendió que me preguntasen qué extraña trampa había preparado para que las cuatro matas de coco cayesen al unísono a la siguiente mañana sobre mi antigua casa haciéndola escombros. Me acusan por el asesinato de mi rico vecino, pero yo no digo nada. Tan sólo veo crecer en el patio de la clínica, esperanzado, los cuatro tiernos brotes que me regalaron los *loas* el día anterior a su venganza.

Ciertamente el cocotero es el árbol que más viaja en el mundo.

Mística

Por Eduardo Vaquerizo

Begoña miró al vagón de metro: gente leyendo bestsellers, mirando a las musarañas, urgándose la nariz, perdidos, tan ajenos al mundo espiritual; gente vacía, sin alma. Chasqueó la lengua y tocó suavemente el pendiente de cuarzo mágico para neutralizar las energías negativas. Las puertas se abrieron y entró un chico joven que se acercó a ella con pasos decididos. Begoña se puso tensa, flexionó el codo y cruzó los dedos formando el hechizo del ángel protector Azazel. El chico se desvió y pasó a su lado sin ni siquiera advertirla, solo quería mirar el mapa pegado a la pared del vagón. Gente sin espíritu, incapaces de acceder a niveles superiores de conciencia, al mundo dónde moran las grandes verdades, los intangibles que conducen la vida hacia un karma pleno.

Una vez más exploró el vagón. El chico ese no estaba mal del todo... pero... ¿Qué leía...? Un manual de ordenadores. De nuevo la máquina, el moderno Baal, el ídolo de la civilización occidental que acalla las verdades sencillas de las revelaciones espirituales. Metió la mano en el bolso y manoseó el saquito de hierbas y huesecillos, el amuleto indio que atraía la protección de Manítú. Su espíritu sufría mucho entre esos hierros, esa gente descreída y vacía. ¿Dónde estaban los viejos tiempos, los viejos dioses?

El metro chilló y bufó antes de detenerse. Se bajó deseando llegar pronto hasta su hogar, poner música new age, encender unas velas de cera perfumada y quizá tomar un baño con hojas relajantes de malvavisco.

El pasillo parecía más vacío y más largo que nunca. Begoña se detuvo un momento y miró al cartel: sí era la dirección correcta, por allí saldría a la estación de la calle la Oca. No recordaba que hubiese que caminar tanto para llegar a la salida. Un pasillo, unas cortas escaleras, otro pasillo, túneles vacíos, silenciosos, blancos y fríos. No había ni un alma. ¿Cómo podía ser? No era tan tarde.

Vio al músico al doblar una esquina, estaba en la mitad de un pasillo muy largo. Según se acercaba la música la hizo caminar más lento.

El instrumento, una especie de cítara, llenaba el túnel de un sonido que pintaba flores sobre los muros descoloridos y llenaba de brisa marina el aire estancado. Cuando el artista comenzó a cantar, deseo que no se detuviese nunca, cada pausa dolía. Era la voz de un dios, pensó al pasar frente a él. Era un hombre joven, de un perfil griego insultantemente perfecto, el pelo rizado y las proporciones de una estatua debajo de un abrigo raído. El dios no la atendía, solo tocaba concentrado, disfrutando.

Hubiera echado alguna moneda de haber podido siquiera pensar en otra cosa que no fuera aquella melodía sublime. Sus pies siguieron andando. Lejos ya, se detuvo y respiró con fuerza un par de veces. ¿Qué música era aquella? ¿Quién...? Mejor no pensar mucho en ello. Las palabras “aparición”, “ángel”, “suceso paranormal” se formaban en su mente con toda claridad. Volvió a caminar rápido, más rápido que antes. Aquel pasillo interminable abocó a otro, luego a escaleras, pasillos, recodos, todos perfectamente indicados, pero que no parecían llevar a ninguna parte. Begoña no sabía si sufría algún tipo de flipe, hacía mucho que había dejado los hongos mágicos y sus visiones, pero nunca se sabía. Se miró las pupilas en el espejito de mano que guardaba en el bolso, eran normales.

En una esquina encontró a otro hombre. Era un viejo alto y barbudo, con un solo ojo y cubierto por un sombrero de ala ancha. Declamaba en voz muy sonora y bella, pero en un idioma que no entendía. A cada aspaviento con que acompañaba su discurso, los enormes cuervos que se sostenía en la percha de sus hombros levantaban el vuelo y tardaban un tiempo en volver a posarse. A su lado había un nórdico enorme cubierto de un abrigo que parecía tejido sobre una montaña. Aquellos dos hombres, inmigrantes de centroeuropa sin duda, tenían un aspecto imponente. Cada movimiento de los ojos azules del gigante, cada gesto del viejo, rebosaba fuerza y a la vez tristeza. Esta vez se detuvo, y cuando advirtió que los miraba con cara de estúpida, comenzó a rebuscar en el bolso. Encontró un par de monedas, se detuvo cuando ya

se agachaba buscando una escudilla o un sombrero. Su mirada se cruzó con el único ojo del tuerto. Un ojo que parecía contener al mundo en el marfil de su globo, en la negrura de su iris y pupila. Al fin cedió la presión, se levantó y corrió volviendo la cabeza a cada poco por ver si la seguían. Se detuvo en cuanto los perdió de vista. Sudaba y no conseguía normalizar la respiración. ¿Qué sucedía?

Continuó caminando deprisa, esta vez fijándose muy bien en las indicaciones, pero fue inútil, aquellos pasillos no terminaban, era un laberinto de baldosines blancos, de escaleras mecánicas de brillante metal.

A la vuelta de una esquina se detuvo paralizada. Las piernas la temblaban. Aquello si que era ya francamente imposible, aquel tipo tenía la cabeza de un pájaro, de un halcón. El resto del cuerpo parecía normal, tenía el torso desnudo y un taparrabos de lino le cubría la cintura. Caminó hasta él pegada a la pared, sin perder un detalle del amarillo del pico, de las plumas y de los ojos, fijos y bellísimos ojos de ave de presa animados con la luz de una extrañeza infinita. Uno de ellos brillaba con reflejos de oro, el otro con rayos nacarados. Sin moverse apenas Parecían mirarla desde todos lados a la vez.

Echó a correr, esta vez no se detuvo al cruzarse con una mujer que, aún vestida de la cabeza a los pies, desprendía una sensualidad tal que casi la obliga a arrojarle encima de ella; casi tropezó con un hombre con cabeza de elefante y cubierto de rosas y evitó por centímetros a una enorme serpiente emplumada que se retorció con la mayor gracia que jamás podría haber imaginado. Hubo muchas otras visiones sorprendentes. Al fin dejó de mirar y solo corría cubriéndose los ojos para no ver más que el suelo por dónde pisaba.

Mirando al suelo vio los bordes desflecados de una esterilla. Eso era más normal, detuvo su caminar frenéticos y entonces percibió el petardeo salvaje de su corazón y la respiración agitada. Estaba muy cansada. Levantó la vista. Sentado en frente suyo había un hippie vestido de vaqueros y camisa blanca, fumando tranquilamente. Lo conocía, creía conocerlo. Se acercó lentamente, tenía expuestos sobre un trapo un montón de pulseras de cuero, ceniceros tallados con el la hoja de marihuana, pendientes de ámbar. Tenía el pelo muy largo, y la barba

poblada. Una enorme cruz de madera le colgaba en mitad del pecho y tenía las manos envueltas en vendas. La miró lentamente mientras chupaba tranquilamente su cigarro mal liado. Poco a poco se tranquilizó. Las rodillas se la doblaban de cansancio. Se dejó caer justo enfrente. Él la miró y sonrió dulcemente. Tomó el cigarro cuando se lo ofreció. Inhaló con fuerza y descubrió que aquella era la mejor marihuana que había probado nunca, era divina.

—¿Qué...? ¿Eres... él?

—Sí... creo que soy él... pásamelo...

Sonrió y fue como el amanecer. Tomó el cigarro como si el tiempo fuese una materia que fluyese de sus gestos.

—¿Por qué? ¿Dónde?

—Bueno... este es nuestro reino, lo que queda de la mística de la gente, estos pasillos que no llevan a ningún sitio.

Había tristeza en el gesto.

—¿Y como puedo estar yo aquí?

El hippie volvió a chupar con intensidad. Dejo que el humo le calase los pulmones y luego volvió a hablar mirándola. Begoña quiso ser esos ojos, que esa mirada no acabase nunca y el universo se limitase a estar ahí, en ese momento interminable.

—Recuerdas esa frase... ten cuidado con lo que deseas, los dioses te lo pueden conceder.

No supo nunca cuánto tiempo estuvo allí, prendida de los ojos y la sonrisa de aquel hombre, en silencio y empapada de una felicidad que no parecía ser consecuencia totalmente de aquella maría mística, y que solo se rompió cuando se escuchó el resonar de muchas botas pasillo adelante. El hippie comenzó a recoger sus cosas deprisa.

—¿Qué sucede?

—Me voy, no quiero encontrarme con la pandilla de mi padre.

—¿Pandilla?

—Bueno, nosotros solo queremos amor, lo mendigamos por los pasillos. Pero hay otros que son más... “activos” —terminó de recoger a toda prisa. Apuró el cigarro y se lo pasó— y no les basta con el amor, quieren cosas más fuertes, odio, dolor, castigo, culpa. En fin me voy de najas y te aconsejo que hagas lo mismo.

El hippie desapareció como por arte de magia. Begoña dudó un instante con el cigarro medio quemándole los dedos. Luego se levantó

pero no demasiado rápido. Un grupo de gente apareció al fondo del pasillo. El bolso se le cayó al suelo. La habían visto. Echó a correr desesperada. Había muchos pies que la perseguían, algunos resonaban como pezuñas, otros como botas herradas. Al fin le faltó aire, tropezó y se estrelló contra una pared haciéndose una brecha en la frente. Mientras sentía la sangre correrle caliente por la cara, se dio la vuelta. Medio incorporada los vio acercarse lentamente. Eran una mezcla variopinta: había un skin con cabeza de chacal negro que comía una hamburguesa sangrienta, un enano pelirrojo con cara de loco y una navaja en la mano, un hipopótamo monstruoso, tan grande como el cielo; unos seres a medias entre osos y gorilas, peludos y de dientes que les sobresalían de los labios y muchos otros horrores que apenas pudo fijar en la mente. El grupo lo dirigía un viejo de

greñas sucias y largas vestido con una camisa azul, tirantes, pantalones y botas militares. En la mano tenía un garrote hecho con una rama de manzano que sacudía contra la palma abierta mientras se adelantaba hacia ella sin dejar de sonreír siniestramente.

Todos la miraban con avidez mientras ella intentaba fundirse contra la pared, alejarse lo más posible de aquella cuadrilla siniestra.

Begoña habló con voz temblorosa.

—¿Quién eres?

—¿Te suena el Antiguo Testamento...?

Begoña se encogió aún más. Ya estaban casi encima de ella. Algunos babeaban, otros hacían chirriar sus garras contra el embaldosado.

—Humm, yo creo, Begoña, que eres una pecadora. Y a los pecadores hay que castigarlos, ¿qué opináis chicos?

El ejército de los cielos

Por Sergio Fuster

Con seguridad, una de las primeras ciencias que ha explorado el hombre, ha sido el estudio de los cielos estrellados. Desde el comienzo de los tiempos, los cuerpos celestes y sus rítmicos y cíclicos movimientos aparentes, han ejercido una influencia fascinante sobre el espíritu humano. Por otro lado, al hombre también le han interesado los acontecimientos de su vida y de su sociedad. Explicando su pasado en el mito, experimentando su presente en el marco de una compleja liturgia e inscribiendo su devenir en él más inasible de los misterios; cuyo único desafío era develar su destino.

Desde tiempos paleolíticos, se ha observado que los movimientos de los cuerpos celestes concuerdan con ciertos sucesos aquí en la tierra. Los cambios estacionales tienen una estrecha relación con el tránsito solar, al igual que las crecidas de las mareas coinciden rítmicamente con las lunaciones. En Babilonia se han hallado catálogos astrales que se remontan a 1800 a. C. y en la biblioteca de Asurbanipal existían tablillas de agujeros que estaban basados en movimientos estelares. Con esta información como base, ya en aquella época, se pudieron establecer predicciones de sucesos con bastante exactitud como: eclipses, salidas y puestas de constelaciones, además algunos movimientos planetarios¹. No es extraño que pronto se pensara que tal como los dioses habitaban en los recintos de los templos, de la misma manera residieran en los cielos con mansiones propias. Para ellos, toda la cúpula celeste era como si fuera un mundo animado que a través de sus desplazamientos enviaban mensajes en “clave”, que debían ser descifrados para conocer la voluntad de los dioses.

Por lo tanto, en este artículo, vamos a tratar de develar las cuestiones simbólicas, míticas y culturales, que llevaron a los hombres de la antigüedad a imaginar un “ejército vivo” en lo más profundo de los cielos estrellados.

LA APOTEOSIS Y LA ZONA ZODIACAL

Para los antiguos, el cielo era como una campana invertida cuya bóveda estaba constituida de metal líquido². Allí transitaban las estrellas, los cinco planetas conocidos, la luna y el sol. Sobre ella se trazaba el zodiaco.

El descubrimiento de esta zona, se le atribuye a los pueblos de Mesopotamia. Estos observaron el aparente curso del sol entre las estrellas, recorrido que actualmente se lo conoce como “eclíptica”. Claro que fue recién para el siglo II a. C. cuando un astrónomo griego dividió el zodiaco en doce partes iguales de 30 grados cada una. De allí el nombre que todos conocemos, ZOOON animales, DIAKON rueda, como que aquella bóveda celeste fuera una rueda de constante rotación habitada de seres vivientes o animas ¿quiénes eran estos seres?

En los mitos, se hablaba de siete familias primordiales, que fueron los primeros gobernantes conocidos y que en la actualidad habitaban cada uno de los planetas. Diodoro, nos habla que en Egipto los primeros reyes fueron dioses. Esta idea está apoyada por la historia de Manetón. Después de haber terminado su mandato en la tierra, el rey deificado retornaba a la estrella donde se creía descendía su estirpe. En la tierra, el difunto adoptaba el símbolo de un animal, siendo el emblema de la tribu. En la tumba de Seti I (Dinastía XIX), existe una representación estelar que tenía como objeto indicar al difunto la posición exacta del cielo a la hora de su muerte, a fin de alcanzar la barca solar³. Encontramos también, representaciones en los sarcófagos donde Nut abraza al difunto para restituirlo al mundo celeste. Esta creencia estaba extendida

¹ *Mankind's search for god*: Sociedad bíblica W. T. Usa. 1990, Pág. 84.

² Para Jerónimo, traductor de la Vulgata Latina (siglo IV E.C.), el cielo de los antiguos hebreos estaba constituido de metal sólido. Por ello en el texto de Génesis traduce por atmósfera o expansión, la palabra “firmamento”.

³ R. Gleadow: *Los orígenes del zodiaco*, Stok, París, 1967.

por todo el mundo conocido de aquel entonces. Los persas llamaban al planeta Júpiter “Taschter” o el guardián de Oriente, además de hablar de siete ángeles que presidían por cada uno de los planetas. Los chinos, ya hablaban de doce reinos feudales: “los Cheus”, que existieron en el origen de los tiempos y que al morir fueron a habitar sobre cada uno de los signos del zodiaco. Lo mismo pasaban en la India con los doce “Adtyas” y en Grecia con los doce dioses del Olimpo⁴.

Entre los hebreos, al zodiaco se lo conocía como “mazarot”, según el targúm, “el que rodea a su tiempo señalado”. Esto nos recuerda al símbolo del sello de Salomón, adoptado por las sociedades teosóficas medievales, cuya configuración muestra una serpiente en postura circular mordiéndose la cola, asegurando la rotación de las energías⁵. Y la constelación de Kesil que corresponde a Orion, el cazador,⁶ que según algunos mitos recogidos del “midrashin” era Nemrod (el primer rey de Babilonia según el Génesis) deificado⁷.

Por lo tanto, las constelaciones debían considerarse de la misma manera que entidades geográficas capaces de emitir mensajes del futuro. Por ello, los antiguos conocían a esta zona como el “estatuto de los cielos”.

EL ESTUDIO DE LAS ESTELLAS ENTRE LOS CALDEOS Y LOS EGIPCIOS

No es extraño que fuera en mesopotamia donde haya surgido esta ciencia y se desarrollara hasta esparcirse por el mundo antiguo conocido. Las impredecibles precipitaciones entre los ríos Tigris y Eufrates, hacen que la crecida de éstos sea inestable, lo que dificulta de manera considerable el poder contar con las cosechas en algún tiempo preciso.

Esta situación inevitablemente se vio reflejada en sus mitos y en su sociedad. En su titanomaquia, Marduk mata al monstruo Tiamat. Este antes de morir le entrega al dios Kingú las tabletas de los destinos, con ella podría escribir el porvenir de los hombres. Marduk con sus “flechas”, “cual cazador”, atraviesa el pecho de Kingú y se apodera de las tabletas. Desde aquel día, todos los años los dioses se reúnen en asamblea sobre la montaña de Anú, y escriben los destinos humanos hasta el próximo encuentro.

Esta creencia hizo que la clase sacerdotal (entre los asirios se les conocía como “Barú”, que significa, “el que ve”) tuviera el poder sobre la monarquía, acaparando la capacidad de realizar sus predicciones, cuyos mensajes podrían leerse tanto en los cielos como en las entrañas de animales. Se ha hallado una reproducción de arcilla de un hígado, que data del tiempo de Hanmurabi, de un lado estaba dividido en zonas que representaban el día y la noche. Sobre su borde estaban señaladas 16 secciones con el nombre de alguna divinidad que correspondía a una casa de la zona celeste. El hígado, o cualquier otra entraña de animales era una copia de los cielos en miniatura⁸.

Entre los egipcios, el paso del tiempo y sus ciclos eran medidos con exactitud. Para ellos la bóveda celeste era un espacio vivo, era Nut (la dama o Reina de los cielos). Las tumbas y los templos nos proporcionan información acerca de su modo de observar el cielo, donde los bajorrelieves nos muestran listas de estrellas regentes y la fecha de su posición máxima y de su nacimiento. Desde tiempos muy remotos distinguían las estrellas circumpolares, algunas eran llamadas irreductibles otras incansables. Ya para el Imperio Nuevo, encontramos tablas dividiendo el cielo en 36 trozos de diez días cada una, constituyendo en ciclo anual.

Entre los planetas conocidos por los egipcios estaba: Saturno (Horus); Marte (Horus viejo); Venus (Osiris en relación con Isis); Júpiter (Amon); Mercurio (Seth); La luna (Toth) y el Sol (Ra). Estos

⁴ Moreau de Jonnes: “*Los tiempos mitológicos*” Olimpo, 1998, España, Pág 31

⁵ Este símbolo fue usado desde tiempos muy antiguos. En la tumba de Tutankamón, descubierta en 1922 por Carter, se puede observar un bajorrelieve con el símbolo de la serpiente cíclica zodiacal.

⁶ Homero: “*La Odisea*”, Tomo 5, Líneas 120, 121.

⁷ Según la Enciclopedia Judaica, a Nemrod se lo relaciona con Marduk “el cazador”, debido a que los signos cuneiformes que constituyen el nombre del Dios caldeo se leen fonéticamente “Amar Ud.” al igual que Nemrod en hebreo. Tomo 9, Pág 309. Cita de la revista bíblica W.T. octubre 1964, Pág 634-636.

⁸ Insight on the Scriptures: Tomo II Pág 243.

recorrían las casas zodiacales conocidas como el Dragón, representado como un hipopótamo; La Osa Mayor, como una vaca; La Osa Menor como un perro y Sirio como una espiga⁹.

Tanto en Grecia como en Roma, la influencia caldea y egipcia se hizo sentir. Nosotros nos referimos a los planetas con nombres romanos, pero estos los habían adoptado de vocablos babilonios y simplemente los transliteraron a su lengua vernácula. Vale decir que, al planeta Istar se lo llamo Venus, al planeta Marduk se lo llamo Júpiter y así sucesivamente¹⁰. De ellos heredamos estos conocimientos en nuestra cultura occidental.

Hoy la astrología domina el interés y las vidas de millones de personas, entre ellas funcionarios y gobernantes. No obstante, sería interesante tratar de develar el simbolismo y el origen de los doce signos del zodiaco.

EL SIMBOLISMO DE LOS DOCE SIGNOS DEL ZODIACO

Sus significados se pierden en lo más oscuro del pasado. Se cree que uno de los signos más antiguos de origen oriental es **Capricornio**; ya que encierra la doble polaridad cabra-pep. Evidentemente alude al sacrificio de un macho cabrío primordial. Se lo relaciona con una inmolación antediluviana. La cabra es un simbolismo de altura y su cornamenta desarrollada refiere a la sabiduría del paso anual. Por otro lado, las aguas, en este caso nos darían la idea de dos planos opuestos y *del trayecto del hombre sobre la tierra para lograr la salvación redentora como la evolución e involución del espíritu*.

La aguas nos traen a la memoria el Diluvio universal, que es un tema tratado en casi todos los mitos. Debido a un cambio climático, se ve a la divinidad como vertedor de las aguas; que bien podemos relacionarlo con **Acuario**. Al igual que Dionisio que vierte sus ánforas de vino sobre el hombre. Es símbolo de fin de un tiempo arquetípico, pero también entra en juego *la figura humana* como elemento sobreviviente y *renovado para un nuevo comienzo*; y junto con ello, *el sentimiento del amor*, como su atributo especial.

Cuando las aguas del Diluvio bajaron, nuevos mares y océanos vinieron a la existencia. Junto con ellos la reproducción ictícola. Este fenómeno nos remite al símbolo de **Piscis**. Los peces eran seres divinos en la mitología Siria¹¹ y se los adoraba bajo el nombre de Atergata o Athara, representaba con cabeza de mujer y cuerpo de pez. Algunos mitólogos creen que es un antecedente de las sirenas en la mitología helena. Es interesante notar, que Athara tenía una hija legendaria llamada Semiramís, símbolo de la paloma celeste que levanta su vuelo sobre la cumbre de la montaña primordial y conocida como la reina de los cielos en las inscripciones antiguas. Herodoto la menciona en su descripción de Babilonia como el nombre de una de sus puertas¹². En su significado cabalista, se interpreta como *la necesidad de ponerse a salvo del mundo exterior sumergiéndose en las aguas de la conciencia y relacionarse con el otro (El doble pez) para lograr la realización binaria*.

Las primeras sociedades que poblaron el mundo se identificaban con el emblema del Toro *como signo de poder*, como se evidencia en el sitio arqueológico de Catal Hulluk, en Anatolia. Sus cuernos indican fertilidad masculina y fuerza generadora. Esta constelación aparece en los registros del Antiguo Testamento con el nombre de **Kimá** en Job 9:9, refiriéndose a Las Pleyades. Los comentaristas antiguos la asocian con la constelación de **Tauro**, tanto en las inscripciones de Tell Mardikh(Ebla)¹³ como en los textos masoréticos. Josefo relacionó a las Pleyades de Tauro con el anuncio de vientos favorables para los marinos¹⁴. En el

⁹ F Schwarz: "Geografía sagrada del Egipto Antiguo" Errepar, Bs. As. 1979, Pág 170.

¹⁰ La influencia caldea sobre la griega se hace evidente para el siglo VI a. C. por el culto a Esculapio en Pergamo, donde se adoraba a la serpiente viva. Pero lamentablemente de Pergamo se sabe muy poco. Solo contamos con las referencias de Jenofonte en Anabasis VII sec. 8 y Hellenica III 1, 6. Con relación al período romano, informa Tácito "Ciertamente a la mayoría del género humano no se le puede apartar de la opinión de que al tiempo de nacer cada hombre su destino futuro queda fijado".

¹¹ F. Cardona: "Mitología y leyendas asiáticas. Olimpo, Barcelona 1998 Pág 38 y 39.

¹² Herodoto: Libro I Sec. 184.

¹³ Dohood ha señalado la identidad del término sumerio (mul-mul, pleyades) y el eblaíta semita ga-ma-tu o ka-ma-tu – con el hebreo Kimá. M Dohood: "Ebla, Ugarit y la Biblia, Pág 302-303, 1981.

¹⁴ Josefo: Antigüedades Judias, 13: 8, 2.

antiguo culto a Molek, un aspecto de la divinidad de Baal, el señor de la ciudad e hijo del Dios toro-El, se le ofrecían horribles sacrificios de infantes, en los cuales mediante un mecanismo los niños eran arrojados a las entrañas del ídolo; que no era más que un inmenso horno llameante. A Molek se lo representaba con cuernos, símbolo del Sol y en el mito esposo de la Luna, Istar.

Las cornamentas cuando se presentan forma de espiral corresponden también con el símbolo solar, visto en el cielo bajo la forma de **Aries**. El eje central del universo y origen de todo lo que existe. Para el pensamiento antiguo, también se asociaba con el carnero reproductor y con un instrumento de combate en forma de horquilla como usaban los soldados romanos. Representa al adelantado, al viajero, aquel *que desconoce el miedo y las fronteras*, tal como Ulises y Hércules.

La dualidad era parte del pensamiento antiguo y su símbolo estelar fue **Géminis**. Los ritos de construcción en Palestina, comenzaban con la colocación de un fundamento de dos pilares. En las tradiciones recogidas en el libro de Los Jueces, Sansón derriba un templo filisteo con solo hacer caer su fundamento de dobles columnas. Es interesante notar que a los filisteos se los llame "*Kaistorim*" provenientes de una migración desde Kaftor o Creta. Posiblemente estos templos hallan sido algún tipo de megarón, cuyas construcciones estaban apoyadas sobre un doble fundamento. El emplazamiento se sostenía por una unión doble, símbolo de *ambivalencia y de relación de los opuestos siempre complementarios*. De la misma manera se proyecta a la comunión de los seres con la divinidad. Mercurio, el dios de las dos serpientes (la vida y la medicina) y el de los pies alados, era asociado con Géminis. Como *la curación, el permanente movimiento y cambio*.

El tránsito solar nocturno no estaba ausente. Por lo tanto, su signo era el reino de la luna. Desde tiempos neolíticos, entre los Mesopotámicos se celebraba el nacimiento de la luna en el décimo mes¹⁵, como aquella que le daba vida al sol en la resurrección. Simboliza la *tenacidad por la vida* bajo el emblema de **Cancer**, El gran astro debía alcanzar el renacer cada día, en un ritmo cíclico y rotativo. Es de notar que el círculo es la prefiguración de la luna llena. Posteriormente formo parte de un simbolismo alquímico, porque el crustáceo cambia su caparazón representando *el drama de las mutaciones*. Cuando el culto solar desplazó poco a poco al de la Luna, se fue forjando el signo de **Escorpio**. Los hombres escorpiones según la mitología sumeria custodiaban las compuertas del sol, para que pudiera reaparecer cada mañana. Pero este escorpión no es amenazante *sino reflexivo*. La muerte no es el fin de todo sino solo una etapa de *cambio y de crecimiento* en otra dimensión de vida.

El tránsito luminoso terrestre astral estaba dibujado en la arquitectura sagrada de los templos y en la tierra tiene un marcado simbolismo animal. **El león** es un animal que tiene un significado solar. En los templos antiguos minoicos era el guardián y vigilante de las entradas. Sus atributos son VALOR, FUERZA, DIGNIDAD Y REALEZA. En los bajorrelieves asirios se representaba la caza del león como signo de nobleza. En los registros testamentarios a esta constelación se le llama Asch el guardián de la Osa Mayor. La Biblia de Jerusalén dice en una nota al pie que posiblemente este conjunto de estrellas sea leo¹⁶.

Las liturgias en los recintos de los templos no estaban ajenas a las representaciones estelares. La espiga y la doncella de **Virgo** son sus emblemas esenciales. Es un signo antiquísimo relacionado con los antiguos ritos de la fertilidad y la "inseminación" de la tierra antes de las lluvias, es decir antes de ser fecundada. En la antigua Siria, las jóvenes vírgenes tenían que pasar seis noches en el templo de Tamuz y lamentar su muerte, el séptimo era la primavera y se entregaban a una orgía desenfrenada en símbolo de la resurrección del Dios y la fecundación de la tierra. Las diosas madres vírgenes eran preñadas por un Dios muerto, como Isis. En la Edad Media, una serie de catedrales de siglo XII, fueron construidas siguiendo la situación relativa a las principales estrellas de Virgo, en adoración a la virgen María¹⁷.

¹⁵ Ver el artículo "Sobre el origen pagano de la Navidad" publicado en Temakel.

¹⁶ Koebler y Baugartner en su Lexicon in veteris testamenti Libro 702, hace una relación con la constelación de leo basándose en una palabra árabe.

¹⁷ Javier Sierra: "Las puertas templarias", Ed. Martínez Rocas, Barcelona 2000, menciona la relación estelar con la disposición de las catedrales góticas. En Eurex, las ventanas estas revestidas de símbolos solares. En las puertas de San Sebastián, se representa al peregrino compostelano siguiendo el mismo trazado de la Vía Láctea. Con relación a la

Libra y Sagitario tienen un origen incierto y oscuro. Al parecer es una herencia indoeuropea. En la antigüedad, se vinculaba a Libra, la balanza oscilante, con el cinturón zodiacal. Aquella serpiente enroscada, mantenía una titánica lucha contra la fuerza de los Equinoccios. Pero en última instancia lograba el equilibrio para mantener el cosmos cíclicamente. Por ello en Grecia era el símbolo de Zeus, *administrador de la justicia y la equidad*. Pero no estaba ajena la elite de guerra representada en el signo del hipocentauro. *Símbolo del instinto y la autosuperación*

Por los ejemplos vistos, concluimos que la antigua ciencia astrológica revela un incansable afán humano por conocer su incierto destino y su mundo interior, asociándolo con diferentes divinidades en busca de salvación y respuesta ante las preguntas existenciales que lo dejaran siempre perplejo.

Actualmente, creer en dichas predicciones es francamente relativo. Su mayor riqueza debe buscarse en las religiones y símbolos antiguos. Por un lado, los que trazan una carta astral no tienen en cuenta que estas constelaciones no se hallan en sus lugares originales, sino que se ve un desplazamiento de 9 grados cada 70 años. En consecuencia, en los pasados 2000 años se han movido unos 30 grados, por lo que el signo de Aries, por ejemplo, se halla en la posición de Piscis. Por el otro, confiar en que estos movimientos naturales estelares tengan incidencia en la personalidad y el destino de los hombres es delegar la responsabilidad de tomar sus propias decisiones y hacerse cargo de sus consecuencias. Sin embargo, este ejército que marcha sobre los cielos seguirá fascinando a los espíritus perplejos como lo hacía en lo más remoto de nuestro pasado.

constelación de Virgo, según Charpentier, esta conformada por Chartres, Evereux, Bayaux, Amiens, Notre Dame y Remis. Charpentier: "El enigma de las catedrales, Plaza&james, Barcelona, 1969.

El Toro Apis

Por Adriana Manrique

(Originalmente publicado en Amigos de la Egiptología)

"Que los hombres conozcan lo que es divino, que lo conozcan, eso es todo. Si a un griego es el arte de Fidias lo que le trae a dios a la memoria, si a un egipcio se lo recuerda adorar animales, a otro un río, a otro el fuego, a mí no me irritan esas divergencias. Basta que conozcan, que amen, que recuerden."

Máximo de Tiro

1. El culto a los animales

Los egipcios adoraron a los animales por representar teofanías (manifestaciones de lo divino), usando sus formas familiares para demostrar lo que ellos pensaban sobre las verdades espirituales de la vida. Estos animales representaron conceptos más trascendentes que su misma figura; son sus características esenciales, modalidad de lo sagrado, las que los acercaron y unieron al hombre, al cosmos y a la sacralidad de la naturaleza. Los animales parecen permanecer estáticos a través de sus generaciones, aparentemente no cambian, compartiendo en este sentido la permanencia fundamental del universo y por ello mismo su elemento divino. El animal, como arquetipo, representa las capas profundas de lo inconsciente y del instinto. Ellos representan los principios y las fuerzas cósmicas, materiales y espirituales. Eran el receptáculo de la potencia divina. Es comprensible que el asombro y la admiración del hombre hacia los fenómenos naturales lo llevaran en la época histórica a deificarlos; por ello no es ilógico que los animales, favorecidos con cualidades extraordinarias y además más cercanos a él, fueran también elevados a esa categoría. Desde la protohistoria, Egipto estuvo dividido en nomos, muchos de los cuales tenían como emblema un animal que en la época histórica se antropomorfizó, aunque hubo también dioses que desde el principio se manifestaron sólo como hombres, como Atum, Ptah y Osiris o como objetos, el pilar Dyed y como plantas el Sicomoro.

Los egipcios adoraron a los animales en todos los períodos de su historia, con mayores o menores grados de intensidad, siendo su culto parte integral de la religión egipcia. El culto oficial se dirigía únicamente a un solo individuo de la especie y no todos los animales sagrados eran adorados en todos los nomos. Las creencias se inician siendo extremadamente localistas, dándose el caso de un animal adorado en una región y odiado y perseguido en otra. Por ejemplo tenemos al icneumón (mangosta) teofanía de Atum, que se alimentaba con los huevos del cocodrilo, por lo que en las localidades en donde este saurio era sagrado, aquel animal no era querido y menos adorado.

El pueblo egipcio en general no tenía derecho a participar en el culto a los grandes dioses, pero en cambio sí podía visitar y ofrendar al animal sagrado, representante del dios en la tierra, que generalmente vivía al lado del templo, en un establo o estanque especial, es decir que tenían trato directo con él. Estos animales vivían con toda clase de comodidades en lugares especiales, al lado del templo. En ocasiones estos sitios estuvieron ricamente decorados con oro, plata, ámbar y piedras preciosas. Se les alimentaba según sus preferencias, con las más suculentas viandas y se les proveía de la compañía necesaria, de su misma especie y del sexo contrario. Los especímenes seleccionados por sus marcas especiales, vivían felizmente hasta su muerte, después de la cual eran momificados y enterrados con todos los honores. Se procedía entonces a la búsqueda de otra manifestación del dios.

Los principales animales sagrados fueron los toros, encarnación de Ptah, Ra, Montu y Osiris y adorados en Menfis, Heliópolis y Hermonthis. La gata representante de Bastet de Bubastis. El carnero, alma de Amón y de Jnum y adorado en Mendes, en Tebas, en Elefantina, en Esna y en Heracleópolis. El cocodrilo, Sobek cuyo centro era Crocodilópolis y Kom-Ombo. Hathor representada por la vaca y adorada en varios templos, los más importantes en Dendera y Afroditópolis y los halcones representantes de Horus en Edfú y Filae.

Desde épocas protohistóricas el hombre puso atención en determinados animales. De la época Badariense (4500 AC, Alto Egipto) atestiguan este culto los cementerios de toros, chacales, carneros y gacelas enterrados con toda clase de ceremonias y envueltos en sudarios de lino y esteras. En Heliópolis se han descubierto entierros de gacelas muy semejantes a los entierros humanos, en cuanto a riqueza. Curiosamente cerca de ellos había perros enterrados sin ningún cuidado especial. En la necrópolis de Merimde (4500 AC, Bajo Egipto) se han encontrado grandes cantidades de huesos de hipopótamo enterrados en el suelo en forma vertical, en sitios que seguramente marcaban un lugar sagrado o al menos especial. Este animal llegó a ser después una diosa muy popular entre el pueblo, diosa de las parturientas y de la lactancia, aunque alejada del culto oficial. Y desde entonces, a través de siglos enteros, los animales fueron objeto de la veneración y el culto popular y oficial. De diversas épocas, se han encontrado animales embalsamados que van desde un enorme toro hasta un pequeño abejorro. Es a partir de la Dinastía XXI, en el Tercer Período Intermedio, que los animales, antes vistos como manifestación de lo divino, son además venerados por sí mismos, especialmente el toro, el cocodrilo y el gato. Ahora, en algunos casos, no se adora exclusivamente a los animales portadores de marcas especiales, sino a toda la especie. Ello dio como resultado la gran cantidad de animales embalsamados que se produjeron, aunados a los que se llevaban como ofrenda a los santuarios. Incluso, cerca de Saqqara, se encontraron tantas momias de gato que durante años se usaron como abono para las plantas. En la Época Baja, después de las invasiones asiria y persa, el hombre perdió la fe en los dioses lejanos que según parecía lo había abandonado y entonces volvió los ojos a los de carne y hueso, sus animales sagrados. Pensaban que ellos no los abandonarían, pues estaban presentes en su vida diaria. Se han encontrado gran cantidad de figuras de animales tanto en los templos como en las tumbas y en las casas habitación, de diversos materiales como bronce, basalto, madera, lapislázuli y otras piedras preciosas y semipreciosas. En los templos y tumbas generalmente se colocaban los de bronce, piedra y madera; los de piedras preciosas y semipreciosas servían como amuletos para la vida y para la muerte. Las de las casa se hacían de fayenza.

El culto a los animales se transmitió a las sectas gnósticas que se desarrollaron en Egipto durante los dos primeros siglos del cristianismo, resultando extraños dioses, como Abraxas (dios con cabeza de gallo, cuerpo humano y piernas de serpiente) y Jolnubis (sol eterno con cabeza humana con siete rayos).

2. El toro, animal sagrado

Desde épocas protohistóricas, el toro ocupó un lugar importante en la vida de los seres humanos. Tanto el nómada como el sedentario conviven de cerca con este animal, que se agrupa a su lado y del cual el hombre, muchas veces, depende para su supervivencia. Por ello aprende a conocerlo bien y a representarlo, identificándolo con la virilidad y la procreación en la naturaleza.

Los objetos sagrados, ya sean animales, plantas, lugares u objetos no se veneran por sí mismos, sino que se les considera sagrados porque revelan la realidad última o porque participan de ella. Se llega a este estado mediante su misma facultad de ser, como el sol, la luna y la tierra; o por su forma que nos sugiere o simboliza otra cosa como la serpiente o el caracol o por una hierofanía, cuando ese objeto se sacraliza por medio de un ritual o por el contacto con alguien o algo sagrado. El toro se vuelve un objeto sagrado en el cual se lleva a cabo la paradoja de ser a un mismo tiempo él mismo y por el otro lado un dios celeste íntimamente relacionado con la fecundidad, que es uno de los atributos de algunos de los dioses creadores celestes, ya que el cielo es la región en donde se decide la fertilidad de la tierra. Se veneran en este animal sus posibilidades fecundantes. El toro evoca la idea de potencia y de fogosidad irresistible, es pues el símbolo de la fuerza creadora y por ello se le relaciona con el sol, por el fuego de su sangre y la radiación de su semen y, sobre todo, con la luna a la que desde épocas muy tempranas se le atribuyó la concesión de la fecundidad universal, por medio de la distribución de las aguas y las lluvias. Sugirió al hombre y solidarizó en su mente, hechos tan esenciales en la vida como el nacimiento, la evolución, la muerte, la resurrección, el agua, las plantas, el ciclo de la mujer y la fecundidad. Fue rápidamente asimilada a los cuernos del toro que desde las culturas neolíticas representan la fertilidad, la creación periódica y la vida inagotable de la Luna. Los cuernos son la imagen de la luna nueva y los cuernos dobles seguramente representarían dos lunas crecientes, dando como resultado una síntesis del pensamiento que los llevaría a la idea de la evolución astral

total. Por otro lado, los cuernos representan, tomando en cuenta sus extremos, la fuerza viril del dios; pero haciendo referencia a su base, más ancha, su relación es con la tierra que fructifica. Así pues la luna en menguante asemeja a las astas del toro y cuando se abulta, cada determinado tiempo representando el estado de gravidez, se iguala a la base del cuerno. Al toro también se le asoció con el sonido del trueno similar a su mugido y con el huracán ya que la lluvia fertiliza igual que su semen. Ambos representan así, la vital fuerza fecundante de la naturaleza.

Al toro lo encontramos esbozado ya en las pinturas del paleolítico, en las pinturas rupestres de las Cuevas de Altamira en España y en las de Lascaux, en Francia. En el neolítico tanto en Europa y sobre todo en Oriente, el toro fue ampliamente venerado y representado. En la Europa oriental se han encontrado gran cantidad de estatuillas de animales, siendo la mayoría de ellas toros.

En Cerdeña, en una tumba, se hallaron esculturas que representan cabezas de toros con cuernos en forma de cuarto creciente, además de gran cantidad de bucráneos en la necrópolis de Anghelo Ruju.

En España también hay rastros de un posible culto al toro, representado por túmulos con cuernos de consagración. En la meseta de Anatolia encontramos ya desde el 6.500 a.C. un culto bien representado.

En las ciudades de Catal Huyuk y Hacilar se descubrieron diversos santuarios con representaciones de cabezas de toro y carnero, hechas tanto al fresco como en relieves de yeso y también estatuas; además de cuernos y cráneos auténticos, cuidadosamente colocados.

En las tierras de Mesopotamia, en Tell Arpachija y en otros sitios se han encontrado con mucha frecuencia cabezas de toro en cerámica pintada y estatuillas en piedra, hueso y terracota. Los sumerios adoraron a un toro representado con cabeza humana, símbolo de fecundidad. El dios lunar babilonio Sin era llamado el poderoso becerro de Enlil y el asirio Bel era calificado como "Toro Divino", quien con alas se erguía como guardián de las moradas.

El pueblo hitita adoró a un dios toro, del cual no se sabe el nombre pero sí que era dios del cielo y del huracán y al que también se le represento como un toro, un mazo o un rayo.

En la India, en la antigua estación de Mohenjo Daro se encontraron estatuillas de toros. En la época védica se realizaban juegos de toros de corte religioso. Indra, dios del trueno y la humedad, el dios védico más popular, era comparado con un toro y Siva, otro de los dioses hindúes importantes, usaba como vehículo para transportarse al toro Nandi.

Asimismo en la cultura minoica el culto al toro jugó un papel importante, representando probablemente el poder autofecundante de su dios. El toro cretense es ampliamente conocido por los estucos del Palacio de Knossos y en otros sitios u objetos.

China también nos provee de elementos bovinos, ya que es frecuente encontrar cuernos estilizados al lado de símbolos femeninos como rombos, en las culturas prehistóricas de Kansu y Yang-chao.

Los persas adoraron al dios Verethragna, símbolo viril, que se representaba como toro, carnero o jabalí. En Susa y Persépolis se hayan hermosos capiteles en forma de prótomos de toro.

En la Arabia del sur el dios más importante fue Almakah, dios luna que se representó como toro o como cabra montés.

Esta influencia del toro la apreciamos también en Palestina en donde los patriarcas hebreos adoraban al dios El, un toro, proscrito más tarde por Moisés.

Finalmente, algunos dioses griegos están representados por toros, como Poseidón dios de los océanos y de las tempestades o como Zeus que incluso tomó esa forma para seducir a Europa, y en general, la mayoría de los dioses fluviales.

El toro, como podemos apreciar, ha jugado un papel importante en la vida del hombre desde épocas remotas. Su intensa virilidad y el aspecto de sus cuernos lo mimetizaron pronto a la importante función regeneradora de la naturaleza y esta a su vez le sugirió al hombre la esencial idea de su propio renacimiento, con la promesa de otra vida, cuestión de primordial importancia en la vida de los seres humanos.

En Egipto el toro también fue adorado y su culto prevaleció en todos los periodos de su historia. Estuvo relacionado con la luna en especial, sin embargo aquí, el toro y en este caso la vaca fueron considerados también representantes del sol y de la bóveda celeste. Así, el mismo cielo es una vaca moteada de estrellas, a través de la cual el barco del sol navega, y el mismo sol es un toro poderoso "El Toro del Cielo".

La relación que guardaría el culto al sol, íntimamente ligado a la creación, se ve también influida por la procreación, ya que el sol, al renacer cada día, debía poder hacerlo por medio de la necesaria fecundación, y en este sentido el ganado, el toro, estaría relacionado estrechamente con el sol y simultáneamente con la luna, como ya se vio arriba. El mismo sol renace, pero después de fecundar al cielo Nut, a la vaca. En resumen, el sol es un gran toro salvaje, el cielo una vaca y el sol naciente un becerro. Ya en los Textos de la Pirámides se menciona al "Toro de Ra que tiene Cuatro Cuernos" y que protegía los caminos del cielo. Por otro lado el toro también estuvo asociado a los dioses de la tierra, en especial a Min quien personificaba la fuerza generativa de la naturaleza. Se le asoció con un toro blanco al cual se le ofrecía una parte de la primera cosecha de trigo de la temporada. A este dios se le llamaba igual que a Atum, Kamutef "Toro de su Madre". Como si esto fuera poco, al ser inseparable la vida de la muerte, el toro también estaba asociado a los ritos funerarios. Cuando portaba un sol entre los cuernos era a la vez símbolo de fecundidad y divinidad funeraria ligada a Osiris.

El toro, en este caso el Apis, llevaba sobre su lomo al muerto hacia las regiones del otro mundo. Curiosamente y por otro lado, el faraón debía ganarse el derecho a estar en el "Campo de las Ofrendas", sitio al que llegaba al final de su camino en compañía del sol, luchando contra un toro, guardián de este campo. El toro fue representado en Egipto desde épocas muy antiguas. Además de las prehistóricas ya mencionadas, tenemos como ejemplo una paleta encontrada en Hieraconópolis de 3100 a.C. en donde vemos al faraón, representado por un poderoso toro, en furiosa lucha contra sus enemigos a los cuales vence finalmente. Asimismo se encontraron numerosas cabezas de toro frente a la entrada del palacio del faraón Uadyi, de la Dinastía I de 3000 a.C. en Saqqara. Estaban colocadas en un banco, hechas de barro con cuernos auténticos, muy similares a las de Catal Huyuk, en Anatolia.

Resulta muy representativo el que los símbolos máximos de poder real, portados durante todas las épocas por los faraones y los dioses, hayan sido el látigo y el báculo del pastor; **Error! Marcador no definido.**, evidenciando la importancia del ganado en la mentalidad egipcia. Por otro lado, el faraón llevaba atado a la cintura un rabo de toro, símbolo de potencia. En la época arcaica se le representó como un toro, como en la Paleta de Narmer y en el Reino Nuevo llevó entre otros nombres el de "Toro Fuerte de Horus". En el lenguaje diario, la alusión al toro fue frecuente, como la parte superior del cráneo, incluyendo la frente, que se llamaba y escribía como un par de cuernos de toro. El verbo "estar gozoso" se representaba como una vaca volteando a ver a su novillo y la idea de innumerable, se expresaba "como las cerdas del ganado". La palabra jefe o dueño evoca a un toro dirigiendo su manada. Los mismos obeliscos, monumentos característicos del culto solar, llevaban en su nombre una cabeza de toro, probablemente porque la punta de este monumento, la piedra Ben ben, fue originada, según la leyenda, por el semen o la semilla de Atum o de un toro.

En diversas festividades el ganado tomó parte, por ejemplo en el Festival del Pilar Dyed, que se llevaba a cabo en Menfis, para renovar las potencias espirituales. En esa ocasión una procesión de toros daba la vuelta alrededor de los muros de la ciudad o se llevaban a cabo peleas rituales entre estos animales, dentro de los dromos que conducían a los templos de Menfis.

Creo que los animales, como tales, fueron ampliamente adorados en Egipto. En una época en la que el hombre realmente estaba inmerso dentro de la naturaleza y podía ver, apreciar y respetar en los animales rasgos distintivos importantes y dentro de estos animales el toro ocupó definitivamente un sitio de privilegio.

3. El toro Apis

El toro fue venerado en Egipto bajo cuatro formas por lo menos. La más conocida e importante es sin duda alguna HAP, como lo llamaron los egipcios, EPAFOS los griegos y APIS, como finalmente llegó hasta nosotros.

En Menfis Apis fue adorado mientras vivía como la manifestación de Ptah, dios creador, y al morir se le asimilaba con Osiris, dios de la resurrección, convirtiéndose en Osor-Apis o Ausar-Hapi. También es posible que no fuera únicamente teofanía de estos dioses por separado, sino de un grupo de tres deidades, que serían Ptah-Sokar-Osiris.

Se le llamó "El Apis Vivo, El Heraldito de Ptah que lleva la Verdad hasta El de la Amable Faz" (Ptah), además de "Hijo de Osiris" e "Hijo de Sokar" y "Alma Gloriosa de Ptah".

Aunque su principal centro de culto fue Menfis, se sabe por Los Textos de las Pirámides y El Libro de los Muertos que también se le rindió culto en otras ciudades como Sais y Athribis en el delta.

Remontándonos al pasado, de 3000 a 2000 a.C., podemos distinguir dos especies de toros en Egipto. El llamado iw, importado de Dongola, al sur, que era gordo, bajo de ancas, es decir chaparro, con grandes cuernos y el cual era deliberadamente engordado para usarlo como alimento o para el sacrificio. El otro ejemplar era el toro salvaje nativo del delta llamado ng, magro de carnes, alto y de grandes cuernos y que era capturado lazándolo. Lo usaban en las tareas del campo o para jalar grandes piedras o sarcófagos. También se le cazaba en las grandes cacerías reales. Este es nuestro Apis y posiblemente también los demás toros sagrados.

Estos usos no eran categóricos respecto a las dos especies ya que ambas podían ser domesticadas, ambas se usaban para el culto en algunos casos, ambas se sacrificaban, pero solo el iw servía de alimento y solo el ng se usaba en las cacerías y solo el ng, era un Apis.

La función del Apis era la de intermediario entre el dios Ptah y sus fieles, comunicándose entre ellos por medio del oráculo, en el que Apis actuaba como tal. Así pues, el toro era por un lado el heraldito del dios, el informante de los hechos que sucedían en la tierra y por el otro actuaba en representación de ese mismo dios al dar un veredicto en su función de oráculo. Pero también, por su conexión con Osiris, Apis cumplía funciones funerarias, tan cara a la mentalidad egipcia. Se han encontrado inscripciones en el Serapeum, en donde Apis es llamado "Vida de Osiris, Señor del Cielo, Aquel con sus Dos Cuernos en su Cabeza".

Ocasionalmente, Apis era el encargado de llevar grano al otro mundo, relacionándolo con la función agraria. En otras ocasiones asumía el papel de transporte para el mismo muerto. Se han encontrado pinturas, en la base de los sarcófagos, representando al Apis llevando sobre sus espaldas al difunto momificado hacia la necrópolis. Como sabemos, los egipcios acostumbraban pintar en sus sarcófagos diversos símbolos y dioses de los cuales esperaban ayuda y protección en el viaje al otro mundo. Se creía que los atributos del Apis: "alto de cuernos", "hermoso en nombres", "vidente" y "basto" beneficiaría a los muertos y ello los capacitaría para defenderse de los peligros de la otra vida.

3.1 Dioses relacionados con Apis

Creo que el predominio del Apis esta plenamente justificado, ya que fue un animal que, en adición a sus características particulares con connotaciones de fertilidad, estuvo relacionado íntimamente con distintos dioses. Primero, con un dios principal y creador, Ptah; segundo con uno de los dioses más importantes y significativos del panteón egipcio, Osiris; tercero, con Sokar dios de las necrópolis y cuarto y quinto, posiblemente también con Horus y Atum. A todos ellos me referiré brevemente para tratar de entender su importancia y su relación con Apis.

En primer lugar Ptah, que fue el más importante dios de Menfis, aunque no el más antiguo pues ya estaba ahí Sokar. Sin embargo la presencia de Ptah está confirmada a partir de la Dinastía I. Fue el creador del mundo al emitir una orden de su corazón por medio de su lengua. Ellos, su corazón y su lengua, representaban la mente y las palabras: esto quiere decir que existió una inteligencia y una voluntad que, al coordinarse, dieron como resultado a los demás dioses, al mundo y todo lo que en él hay. Considero que esta concepción tan profunda es notable en una época tan remota. Ptah era la fuente del orden moral y ético, por ello mismo se le llamó siempre y entre otros nombres "Señor de la Verdad" y Menfis, su ciudad, llevaba el nombre egipcio de Hiku-Ptah "La Mansión del Alma de Ptah". Era la cabeza de la tríada de esa ciudad, de la cual también formaba parte su pareja Sejmet, "La Poderosa" diosa guerrera, representada como leona, y su hijo Nefertum, dios solar con cabeza de león y que llevaba sobre la cabeza una flor de loto. A Ptah se le representó como un hombre pálido momificado, portando un enorme collar con un contrapeso en la espalda, llamado menat, símbolo de virilidad y fertilidad. En sus manos, que junto con la cara, era lo único que salía del ropaje funerario llevaba dos cetro reales. Con el tiempo portó barba cuadrada y sobre la cabeza un disco solar en medio de cuernos o plumas. Fue patrono de monumentos arquitectónicos, del dibujo, la escritura y las artesanías, "Supremo Jefe de las Artesanías". Su culto fue el principal mientras Menfis permaneció como

capital, sin embargo declinó cuando Ra, por medio de sus sacerdotes de Heliópolis, se puso a la cabeza de los dioses egipcios. En el Reino Medio Ptah fue incluido en el ciclo de los astros y adquiriendo entonces el disco solar en la cabeza. Se le asoció con Sokar y Osiris, dioses funerarios, tomando parte en los ritos de resurrección, como el de La Abertura de la Boca. Ptah tuvo presencia en Karnak desde el Reino Medio en un templo de madera, el cual Tutmosis III reconstruyó en piedra y posteriormente los Ptolomeos embellecieron. Aunque su importancia declinó, el carácter espiritual de Ptah, que no tuvo ningún otro dios, prevaleció siempre. Posiblemente por esto mismo su heraldo, el toro Apis, también perduró a través de tres mil años de historia.

En segundo lugar, Osiris fue el dios más popular en Egipto; su arraigo fue tal que su permanencia abarcó toda la historia egipcia. Esto se debió, quizá, a que el culto osiriaco daba respuesta a problemas de carácter más humano que lo que podrían hacer los dioses relacionados con la creación del mundo. Osiris logró sobrevivir a la muerte y de ello hizo partícipes a los egipcios, quienes sentían verdadera obsesión por ella. Osiris era la vida tomada en el momento de la muerte. Además, sin ser el dios específico del Nilo, de la vegetación, de la tierra, del circuito solar y de los cereales, era sin embargo inmanente a todos ellos. Osiris ofrecía un mundo después de la muerte, otra vida en el "País de los Bienaventurados" y lo más importante era que, al final del Reino Medio, se lo ofrecía a todos los hombres por sí mismos, no sólo como parte del otro mundo del faraón. Se le representa como un hombre envuelto en vendas blancas, con la cara negra (relación funeraria) o verde (poder de renovación), a veces con la corona del Alto Egipto y en las manos, cruzadas al frente, un látigo y un cetro. Su leyenda, muy popular siempre, no se encuentra completa en ningún texto egipcio, más bien esta implícita en los escritos. Es Plutarco quien le da la forma más conocida. A pesar de ello se hace mención de Osiris desde Los Textos de las Pirámides hasta los Papiros Ptolemaicos.

En tercer lugar tenemos, con relación al Apis, a Sokar, quien era el antiguo dios de la necrópolis de Menfis desde épocas predinásticas, cuando sólo era un espíritu guardián de tumbas. Se le representa con cabeza de halcón, muy unido a Ptah y descrito como "Venido del Corazón y la Mente como fuerza de Creación".

En cuarto lugar, Horus quien desde épocas muy antiguas fue un dios importante y que surgió de la unión de varios dioses halcones. Ocupó un lugar predominante en la vida egipcia pues fue dios dinástico y representó en el faraón, al dios en la tierra. Se le relaciona con Ra, al que acompañaba en su viaje solar y con Osiris, de quien era hijo y al cual vengó, restaurando su culto y autoridad. Llegó a ser dios "nacional" y se le representó como un halcón o como un hombre con cabeza de halcón.

Finalmente tenemos a Atum, dios creador de Heliópolis, quien se creó a sí mismo y posteriormente a Shu el aire y a Tefnut la humedad.

Por otro lado es probable que en sus orígenes a Apis = Hap se le haya relacionado con el Nilo = Hapi. Creo que ello se justifica pues al toro se le clasificó como gran inseminador, por lo tanto imbuido del poder de la vida y en consecuencia relacionado con el agua, la cual por sí misma ya expresa la vida. La propia inundación del Nilo era llamada "Regalo de Toro" y se le representó con la imagen de este animal, lo mismo que a las aguas primigenias de Nun. La fertilidad estaba en relación directa con la inundación. Incluso se habla de que el falo del Apis le proporcionaba al faraón la fuerza necesaria para llegar al reino de Ra.

3.2 Atributos y veneración

La presencia del Apis esta atestiguada ya como tal, según la Piedra de Palermo, desde la Dinastía I, con el rey Udimu, cuarto de su Dinastía, y según Manetón, sacerdote e historiador egipcio (300 a.C.) desde la Dinastía II con el faraón Nebra, segundo de su Dinastía, aunque hay datos que nos hacen suponer que desde la época predinástica se le rindió culto.

En una tumba de la Dinastía I, perteneciente al ministro Hamaka, del faraón Udimu, fue encontrado un ostracón con un toro pintado, lo mismo que la impresión de un sello en donde se representa al rey Den llevando la corona del Bajo Egipto y corriendo ante el Apis, en la ceremonia llamada: "La Corrida del Apis", y luego se ve al mismo rey portando la corona del Alto Egipto. Es ahí en donde aparece por primera vez su nombre: Apis. También se encontró una vasija de la Dinastía I, de diorita negra y blanca, en donde está grabado el nombre de Horus junto con la siguiente inscripción: "La primera vez de la Corrida de Apis."

El rey Nebra, de la Dinastía II, era llamado "El Señor de Señores" y "El Toro de Toros", y proclamó como dioses a Apis de Menfis, al toro Mnevis de Heliópolis y al carnero de Mendes.

Por otro lado, Eliano asegura que, según la tradición de los sacerdotes, fue Menes quien instituyó el culto al toro Apis. Con ello nos damos cuenta de que ya fuera en la primera o en la segunda dinastía, el culto al toro Apis es muy antiguo y que va junto con el inicio y desarrollo de la época histórica de Egipto.

Para poder ostentar el título de Toro Apis este animal debía reunir diversas características que sólo los sacerdotes conocían en su totalidad. Según Eliano eran en total 29 marcas, cada una de las cuales tendría un significado místico, desconocido para nosotros. Entre las que conocemos están, en primer lugar, el que el animal debía ser de pelo totalmente negro, con una mancha blanca en la frente, en forma de diamante. En la espalda, también debía tener una mancha blanca pero con la forma de un buitre con las alas extendidas.

Los pelos de la cola debían terminar separados en dos direcciones. Bajo la lengua debía presentar una excrescencia en forma de escarabajo. A un costado tendría otra mancha blanca en forma de luna en cuarto creciente y en los cuartos traseros un escarabajo. Pero en realidad bastaba una sola de esas marcas para que fuera aprobado. Todas estas marcas mostraban su carácter único y la total aceptación por parte de los dioses. Gardiner sugiere que algunas de estas señales podrían haber sido realizadas artificialmente por los mismos sacerdotes para poder apegarse a los requerimientos. Estas marcas especiales podrían tener su antecedente en los tiempos predinásticos cuando una especie de toros, que tenían la espalda y los costados negros, con rayas regulares de color más claro en patas y vientre, eran sumamente apreciados por raros.

Según la tradición, Apis había sido concebido por medio de una ráfaga de luz celeste, la cual por inspiración divina había fecundado a una ternera virgen, aún demasiado joven para concebir y que además jamás volvería a parir otro becerro. Este prodigio sólo podrían testimoniarlo los moradores de la otra vida y los de la tierra tan solo creerlo. Otra versión es que un Apis concebía a otro, aunque no es la más generalizada.

En el culto a Apis debían ser observadas tres reglas fundamentales: la primera prohibía que hubiera dos Apis vivos al mismo tiempo. En segundo lugar, el tiempo entre la muerte y el entierro del toro debía ser de setenta días, y finalmente y en tercer lugar, el Apis muerto debía ser enterrado antes de que su sucesor fuera instalado. Un Apis no nacía hasta que el anterior moría.

En cuanto un Apis fallecía se iniciaba de inmediato la búsqueda del siguiente por todo el país. Al ser identificado, se anotaba con todo cuidado su nacimiento, lo conducían a una casa que tuviera de frente al sol naciente, a orillas del Nilo y ahí lo alimentaban con leche durante cuarenta días. Solamente las mujeres podían verle; después lo trasladaban, por el río, al Gran Templo de Ptah en Menfis, en medio de grandes ceremonias. Se le transportaba vestido con ricas túnicas y en una góndola dorada y consagrada, en medio del regocijo total de los habitantes de Egipto. Por obvias razones, el dueño del rebaño de donde salía el Apis adquiriría gran reconocimiento, ya que la gente lo veía desde entonces con admiración y como un privilegiado. Hay que señalar que la madre del toro Apis permanecía cerca de él siempre. No tenemos datos respecto al traslado de la vaca, ni si esta era la madre natural del toro o era otra vaca representando este papel. Sin embargo en algunos templos ha quedado constancia de que vivía y era enterrada cerca de su hijo.

Asimismo se creía que Apis tenía influencia sobre el cocodrilo, ya que podía impedirle que atacara a los hombres durante los siete días que se celebraba su nacimiento cada año. En esta ocasión se arrojaba al Nilo una ofrenda: una patera de oro y plata.

Durante su vida, el toro vivía en medio del lujo, del bienestar y la tranquilidad. Su casa era adornada con exquisitos tapices, oro y piedras preciosas; se le proporcionaban los mejores alimentos y se le bañaba con agua caliente y perfumada, e incluso contaba con su harén personal. No se le permitía tomar agua del Nilo, pues pensaban que engordaba demasiado y ello no iba de acuerdo con los ideales de belleza del egipcio. El Apis permanecía en su templo, el Apieión, que se encontraba frente al de Ptah y en donde contaba con dos establos llamados Delubrka y Thalami. Estos tenían dos ventanas especiales, llamadas de las "apariciones" por donde los fieles podían verlo; también tenía un corral adonde salía a corretear a ciertas horas del día y donde también podía ser observado y adorado.

Según una estela de cuarzo de la época de Nectánebo II, dinastía XXX, que conmemora la inauguración de una nueva casa para Apis en Menfis, esta constaba de dos partes generales: el establo, es decir la casa del "Apis Viviente" y la wbt, "lugar puro", que era el sitio en donde se le purificaba después de

muerto. Tal disposición sería congruente con la concepción del "Apis Viviente" y del "Osiris-Apis". Los descubrimientos más recientes permiten pensar que el último nivel de esta casa se construyó bajo el faraón arriba mencionado, en vista de que el material encontrado es de diferentes épocas y fue reutilizado varias veces. Se encontraron bloques de alabastro con dedicatorias al "Apis Viviente" de Ramses II, dinastía XIX; otro bloque de Sheshonk I, dinastía XXII, con un cartucho grabado con los nombres de los "...dioses Osiris, Apis, Atum y Horus" junto con una representación de la ceremonia de La Abertura de la Boca; diversas donaciones tales como platos, jarras, instrumentos, moldes de terracota, escarabajos de fayenza, monedas de tipo ateniense y por supuesto piedras con inscripciones y una columna de granito rojo en forma de papiro, hechas por diversos faraones, a través de diferentes épocas, como Taharqo, Dinastía XXV, Nekau II, Psammético I y II y Amasis, Dinastía XXVI, Darío I, Dinastía XXVII y Artajerjes III, Dinastía XXXI.

Una de las funciones más importantes del Apis era la de oráculo, para lo cual sus habitaciones tenían dos puertas por las cuales el toro entraba para tomar sus alimentos. Estas puertas tenían en la parte superior símbolos de lo positivo y lo negativo; así cuando el fiel le hacía su pregunta la respuesta la daba el Apis según la puerta que escogiera para entrar. También se acostumbraba ofrecerle comida con la mano y si Apis la aceptaba era favorable y si no lo hacía era, desde luego, desfavorable y un mal presagio. Para consultarlo, primero había que quemar incienso en el altar, rellenar de aceite las lámparas que alumbraban su templo y depositar alguna ofrenda. Se acostumbraba también que el fiel le hablara al oído a la estatua del Apis que ahí se encontraba, consultándole algo. Acto seguido se retiraba tapándose las orejas y lo primero que oía al salir del templo, debía interpretarlo como la respuesta del dios. El oráculo era un medio de adivinación que proporcionaba el secreto del futuro, aunque para ello había que contar con un código establecido. Eran pronunciados por un dios específico, teniendo cada uno de ellos sus particularidades. La importancia del oráculo residía en su función de reafirmación y guía para los individuos y como mecanismo social que aliviaba las tensiones entre las comunidades. Había asuntos difíciles de resolver para las autoridades, por lo que permitiendo que un dios "neutral e inapelable" decidiera, se evitaban posibles conflictos. Es a finales del Reino Nuevo que los oráculos toman un lugar predominante en la vida religiosa, política y social de Egipto. Podemos entonces comprender el importante papel que el Apis jugaba en las relaciones entre los fieles y el sacerdocio, y entre los fieles y el gobierno, ya que en asuntos de vital importancia los oráculos eran dirigidos por el mismo faraón. Finalmente el Apis era, sobre todo, importante para el fiel que recibía de él, la respuesta a sus preguntas y un paliativo a sus angustias.

Dentro de los festivales en los que intervenía Apis, había uno de singular importancia, el Heb-Sed, ceremonia en la cual el faraón renovaba su poder real, cada treinta años primero y después cada tres, aunque muchos reyes lo hacían cada vez que querían o lo creían necesario. Esta fiesta está testimoniada por primera vez con Udimu, de la Dinastía I. Se llevaba a cabo el primer día del primer mes de "La Estación de la Siembra", Peret, es decir la época cuando se cultivaba y empezaba a crecer la semilla, finales de octubre, y duraba cinco días. No se sabe que acontecimientos se requerían para llevarlo a cabo, pero cuando se decidían se hacían grandes preparativos. Era, probablemente, el resultado natural de la evolución de la antigua idea que tenían algunos pueblos prehistóricos, de que en vez de matar o deponer al rey, supuestamente ya débil después de treinta años de gobierno, con esta ceremonia lograba renovar su fuerza. Todo un complicado ceremonial acompañaba los actos de la festividad, que contaba en general con tres pasos importantes:

- 1.- Procesión del rey, imágenes de dioses, sacerdotes y principales visitando los santuarios. El Apis era preparado, ya sea para recibir la visita del rey en su templo o para él mismo ser conducido ante el trono.
- 2.-El faraón daba vueltas alrededor de las murallas blancas de Menfis, caminando rápida y animadamente al costado del Apis. Este ritual lo tenemos representado en un bloque encontrado en Karnak, en donde se representa a Hatshepsut, reina de la dinastía XVIII, renovando sus atributos en esta ceremonia, caminando al lado del Apis y recorriendo la tierra a lo ancho y a lo largo dos veces, como rey del Alto y del Bajo Egipto. Éste, que sería el acto central del festival Sed, era la afirmación del orden fundamental de la sociedad.
- 3.- El rey bajaba del trono y rendía homenaje a sus Antepasados Reales, renovando así el vínculo entre él y su linaje real. Todo ello daba como resultado lazos más fuertes entre el rey y su pueblo,

pues se afirmaba el poder real sobre la tierra y la posibilidad de su fertilidad para el bienestar de todos.

Había también un festival especial en honor de Apis, el cual era llevado por los sacerdotes en solemne procesión. Mucha gente iba a Menfis para verlo y tal vez con la esperanza de que su aliento llegara a los niños, pues se creía que quienes lo aspiraban quedaban dotados con el poder de la predicción. En otras ocasiones desfilaba en las ceremonias de Ptah, ricamente vestido y acompañado por sus guardias y por un coro de niños que entonaban himnos en su honor.

3.3 La muerte y los ritos de momificación

Los Apis vivían aproximadamente de quince a veinte años, pero de no hacerlo así se les permitía llegar a los veinticinco y luego se les sacrificaba, ahogándolos con muchas ceremonias, en una fuente sagrada. Es probable que esta práctica tuviera que ver con la mengua de su poder fertilizador, aunque los autores consultados no nos dan la respuesta. Sin embargo tomando en cuenta que en algunos pueblos neolíticos el rey, identificado con el toro por su poder fecundador, era sacrificado al perder ese poder. Con el tiempo esa costumbre se convertiría en una lucha ritual entre el rey y su sucesor y más tarde entre el primero y un toro o un león, o un jabalí, o un caballo garañón, con la finalidad de refrendar mágicamente su fortaleza sexual. Creo que posiblemente habría una relación entre esta costumbre y la de terminar con la vida del toro a una edad en que necesariamente sus características de fuerza y fecundidad habrían disminuido notablemente. Es probable, que a partir del Reino Nuevo, al Apis muerto le separaran algunas partes del cuerpo para comerlas en una ceremonia ritual en el templo, siendo el resto cuidadosamente embalsamado.

Al morir un Apis se iniciaba un largo proceso que conllevaba todo un complejo ritual, el cual le permitiría al toro, finalmente, renacer. Todo este quehacer estaba relacionado con el drama de la vida, la muerte y la resurrección de Osiris, y el cual cada hombre o animal sagrado que moría debía cumplir. Primero sacaban al Apis muerto de su establo, por la puerta oeste - que representaba el ocaso del sol, es decir, la muerte - y lo llevaban a una construcción al sur del establo, hecha especialmente para ese efecto. De madera y cubierta de lino, la llamada Casa de la Purificación servía para que el Apis fuera completamente lavado, es decir purificado. Mientras tanto sus sacerdotes y sus fieles iniciaban un período de duelo que no terminaría sino hasta el día del entierro del toro. Se dejaban crecer el pelo, no se aseaban, llevaban a cabo un severo ayuno de cuatro días y el resto del tiempo sólo comían pan, vegetales y agua. El establo también era lavado y purificado y se colocaba una placa alusiva al hecho, con la fecha de nacimiento, entronización y muerte del Apis recién fallecido. En este primer lugar permanecía cuatro días e inmediatamente después se le trasladaba a la Casa del Embalsamamiento, edificio formado por seis habitaciones rectangulares, unidas por un pasaje y en donde el toro era prácticamente transformado. Esta casa se encontraba en la esquina suroeste del Templo de Ptah en Menfis. En este sitio, en el cual permanecía sesenta y cuatro días, se llevaba a cabo el complejo y detallado trabajo de convertir el cuerpo del animal en momia. Todo un intrincado ritual acompañaba cada uno de los pasos a seguir, pues todo ello tenía un significado preciso en el resultado final, que tenía como meta la resurrección del Apis.

Las principales salas de la Casa del Embalsamamiento eran dos y marcaban dos partes importantes del proceso y del ritual. Eran el Salón del Sacrificio y el Salón de la Envoltura. En el primero se llevaba a cabo la tarea de quitarle al Apis todo lo que se pudiera echar a perder, lo limpiaban por dentro y le aplicaban las sustancias necesarias para su desecación y conservación. En el segundo, como su nombre indica, se le envolvía literalmente con las vendas que habían de convertirlo finalmente en una momia. Siendo este un lugar sagrado, en donde no sólo se llevaba a cabo un proceso físico, sino uno ritual, los mismos sacerdotes encargados del trabajo debían de cumplir con estrictos ritos de limpieza, tales como rasurarse todo el pelo y lavarse y cambiarse de ropa cada vez que se introducían en este sitio. Es aquí en donde, con cada acto, se representaba el misterio de la resurrección de Osiris y la detallada limpieza representaba la condición primigenia del momento de la creación del mundo. En el primer salón se encontraron cuatro o cinco camas para embalsamar, de alabastro y adornadas, algunas de ellas, con bajorrelieves de dos leones, los cuales probablemente significaban las dos colinas entre las que sale el sol, es decir la resurrección. Algunas de estas camas miden 4 m. por 2 m. y otras 3.50 m. por 1.60 m., eran planchas con la parte de arriba cóncava y

contaban con un canal y un contenedor para los fluidos que salían durante el proceso de limpieza, estando para ello ligeramente inclinadas de la cabeza a los pies.

En el Salón del Sacrificio el Apis permanecía cuarenta y ocho días y en ellos, el sacerdote principal de su culto y cuatro ayudantes mas, eran los encargados de la minuciosa labor. En primer lugar cortaban la garganta para que saliera toda la sangre. Después, el sacerdote principal se ponía enfrente del animal y procedía a trabajar con la cabeza, parte muy importante para los egipcios, ya que contenía los órganos para ver y hablar, los ojos y la lengua, los cuales le serían de suma utilidad al muerto en el otro mundo. Primero se extraían los ojos y el cerebro, el cual seguramente se sacaría por la nariz con algún instrumento, posiblemente de cobre y con extremo curvo para facilitar la tarea. Después se hacía una gran incisión, del lado izquierdo, que abarcaba el abdomen y parte del pecho. Los intestinos, los pulmones, el hígado y los cuatro estómagos eran removidos de su sitio y se colocaban en vasijas especiales con sustancias para limpiarlos. **¡Error! Marcador no definido.**

El corazón recibía un tratamiento diferente, por ser el centro de la vida. Al igual que los otros órganos era extraído, limpiado y aceitado, pero después era nuevamente colocado en su sitio, ya que por medio de él, el Apis debía de enfrentar el juicio de Osiris. En él, el corazón jugaba un papel importantísimo, puesto que era el órgano que debía de ser pesado para saber si sus obras ameritaban que el muerto pudiera continuar su camino hacia la otra vida. Todas las cavidades eran purificadas a través de la boca, la incisión y el ano, con aceite resinoso, colocándose después, en todas las cavidades, bolsitas rellenas de una mezcla de serrín y natrón. Se dejaba descansar el cuerpo cuarenta días, cubierto con grandes cantidades de natrón sólido, sustancia con propiedades altamente deshidratantes y que desecaba el cuerpo completamente. Terminado este proceso el Apis, o lo que quedaba de él, es decir su cuero y su esqueleto, era trasladado al Salón de la Envoltura en donde se llevaba a cabo una labor sumamente complicada y perfectamente especificada en textos sagrados. Aquí permanecía dieciséis días y probablemente eran nuevos sacerdotes los que llevaban a cabo el proceso, además del sacerdote principal, que ahora interpretaba el papel del dios Anubis, dios encargado del embalsamamiento, líder del ritual y, como ya dijimos, encargado de la cabeza. Otros cuatro sacerdotes se hacían cargo, cada uno, de una extremidad y posteriormente los dos que se encargaban de los cuartos traseros trabajaban también el abdomen, el ano y la cola y los dos encargados de las patas delanteras se hacían cargo del pecho. Cada instrumento y cada pedazo de tela era elaborado especialmente para el Apis, de acuerdo a la medida necesaria. Se iniciaba entonces un trabajo minucioso y delicado, en donde cada acción estaba marcada por una enorme carga ritual. De la cavidad bucal se extraían los dientes del centro los cuales eran reemplazados por dientes artificiales. Posiblemente por ser estos los primeros dientes que aparecían en el becerro, su reemplazo significaba el rejuvenecimiento del Apis. Además cada hueco de la boca y de la garganta se untaba con aceites y se cubría con trozos de tela, lo mismo que la lengua la cual era envuelta cuidadosamente. Respecto a la cuenca de los ojos, seguían el tratamiento anterior, sólo que aquí se colocaban dos amuletos o tiras de papiro con conjuros, para que el ojo volviera a ver y luego con tiras de lino se rellenaba el hoyo, tratando de imitar el ojo.

A veces se colocaban ojos artificiales de diversas piedras. Con los oídos, las narices y los cuernos se seguían los mismos procedimientos de aceitado y envolvimiento. Finalmente se cubría la cabeza con una tela, sobre la cual se pintaban con tinta los ojos. Terminada la cabeza los sacerdotes encargados de las patas procedían con su labor, al animal lo colocaban echado, con las patas delanteras forzadas y completamente estiradas y las posteriores pegadas a los cuartos traseros, con las pezuñas hacia adelante, posición mas de un chacal que de un toro. Esto se hacía probablemente con el fin de facilitar el envolvimiento de estas partes o de imitar a Anubis. Inmediatamente después le quitaban las pezuñas, las cuales eran reemplazadas por otras, posiblemente de oro. Se las quitaban por considerarlas impuras y porque al enjuntarse la piel, de todos modos se caerían. Uno de los sacerdotes encargados de las patas traseras procedía a embalsamar el ano y por considerar esta parte también impura, se tapaba con una manta que lo cubría a él y a esta parte del toro. Le untaba aceite y luego lo rellenaba con grandes bolsas, a su vez rellenas de pequeñas bolsitas con natrón y mirra, para que los líquidos se acabaran de absorber y al mismo tiempo los órganos conservaran sus formas. La cola era envuelta en tela y la colocaban doblada hacia la derecha, el lado positivo.

Muy someramente se habla del proceso de embalsamamiento de los testículos y el escroto, lo cual resulta incongruente teniendo en cuenta lo que ello significaba para una deidad relacionada con la fertilidad y

tomando en cuenta que incluso la palabra toro se escribía con el signo de un falo. Posiblemente ello se deba a que en el mito de Osiris, este pierde para siempre este órgano, el cual fue tragado por un pez del Nilo. Terminada la preparación de cada parte del cuerpo, esta se envolvía dieciséis veces, posiblemente porque dieciséis eran las partes en las que Osiris había sido cortado por Set. Se llevaba a cabo entonces el Rito de la Cara, que era la transformación de la cara de Apis en la de Osiris.

Hay que señalar que este proceso, narrado aquí muy someramente, representaba un trabajo elaboradísimo, en donde todo estaba perfectamente calculado, cada instrumento, cada tela, cada vasija, etc. Además, el envolver al Apis con vendas de diferentes tamaños y determinadas veces era un proceso que debía seguirse detalladamente y en base a lineamientos perfectamente preestablecidos.

Al finalizar esta fase, el Apis era colocado dentro de su féretro, habiendo sido previamente colocado y amarrado minuciosamente sobre un tablón y habiéndose colocado un bloque de madera debajo del pecho y otro debajo de la cabeza. El féretro significaba por sí mismo a Osiris y era un instrumento que garantizaba la resurrección, o al menos ayudaba. Se le dibujaban pilares Dyed, símbolos de Osiris, al frente y atrás. Se le cubría con una tela roja y una azul, el rojo posiblemente asociando al Apis con el sol y el azul simbolizando la resurrección. También se le colocaba un canasto con granos, símbolo del renacimiento de la vida. Para terminar, el sarcófago era untado con aceite.

El final del embalsamamiento era avisado a los fieles rasgando un lienzo de lino, el cual era mostrado por un sacerdote, dando pie al inicio de grandes lamentos por parte de los dolientes. El féretro era colocado dentro de un santuario de madera, sobre un bote ceremonial, colocado, a su vez, sobre un trineo con el cual era trasladado a orillas del Lago de los Reyes, tal vez el Lago de Abusir. Los restos extraídos del cuerpo y colocados previamente en vasijas especiales, seguían al féretro en su viaje. Al llegar a la orilla del lago embarcaban el féretro en un barco de papiro, acompañándolo otros barcos en los cuales iban los sacerdotes y las imágenes de Isis, Neftis, Horus y Tot, además de emblemas de Upuaut del Norte y Upuaut del Sur, "El Abridor de Caminos", todos ellos relacionados con los mitos de resurrección de Osiris y Ra.

El viaje sobre el lago era una representación de la primitiva lucha entre Osiris y Set y entre Ra y Apofis. Ambas simbolizaban la lucha entre las fuerzas positivas y negativas sobre las aguas primigenias, en el principio de los tiempos. Durante el trayecto los Nueve Libros Sagrados, que narran lo anterior, eran leídos en voz alta:

- 1.- Ritual del Viaje del Primer Día.
- 2.- Protección de la Barca Sagrada.
- 3.- Protección de la Barca.
- 4.- El Plan de la Cara.
- 5.- Glorificación de Osiris.
- 6.- Protección de la Barca Sagrada.
- 7.- Guardián de la Custodia.
- 8.- Buena Fortuna.
- 9.- Abertura de la Boca.

Al regresar de este viaje el Apis era llevado nuevamente a la Tienda de la Purificación, la cual había sido construida con la entrada al oeste (muerte), por donde entraba el cortejo y una salida al este (resurrección), por donde salían, terminando los ritos que ahí se llevaban a cabo. Aquí al Apis se le devolvían la facultad de ver y hablar, facultades indispensables para hacerse oír y ver en el juicio y posteriormente en el otro mundo. Sus facultades enteras eran restauradas con el importantísimo ritual de la Abertura de la Boca y de los Ojos.

Terminado lo anterior regresaban a la Casa del Embalsamamiento, a la cual entraban por la Puerta del Horizonte, la que el sol iluminaba, para reafirmar su resurrección. Un sacerdote del Nilo lanzaba en ese momento una teja, posiblemente una teja en la cual se habría asentado su nacimiento y que representaba la tan esperada resurrección del Apis. Encontramos aquí relacionado al Apis con el Nilo y es interesante hacer notar que muchas veces el Apis fue llamado Dios del Nilo, tal vez porque ambos representaban la fertilidad. Incluso cuando un Apis nuevo era encontrado, antes de trasladarlo a Menfis, lo llevaban a Per-Hapi, lugar relacionado con el Nilo y posiblemente cercano a Gizeh o a Helwan.

El último día, el día setenta después de su muerte, el toro Apis era enterrado en medio del duelo nacional. El pesado ataúd era arrastrado por el ejército por la planicie arenosa de Saqqara, acompañado del faraón, de su séquito y del pueblo, hasta el Serapeum en donde, con una serie de rituales, no tan ampliamente conocidos como los anteriores, el Apis descansaba finalmente en paz.

Era costumbre en Egipto sacrificar un buey o un gran antílope en las ceremonias funerarias, acto que se repetía después, el primero y el último día de cada año. El sacrificio de animales tiene sus raíces en la idea de que al hacerle una ofrenda al dios, se abriría un canal por donde el donante podría recibir a su vez las potencias de los dioses, para ello la ofrenda debería seguir el mismo camino del muerto, es decir, debía morir. Los toros y los bueyes eran altamente apreciados como elementos de sacrificio debido al gran aprecio que se tenía por ellos como alimento material o espiritual, pero no por sus potencias específicas las cuales dieron origen a los toros sagrados que aquí estamos tratando. La ceremonia del sacrificio iba acompañada de la quema de incienso, se prendían lámparas y se llevaban ofrendas. El toro o el antílope eran sacrificados siguiendo toda una serie de reglas bien especificadas tanto para el instrumental usado como para los cortes realizados. Se cortaba la yugular y se recogía la sangre, que junto con el corazón eran las partes más preciadas. Estos dos elementos, más las piernas que también tenían importancia, se colocaban en la mesa de ofrendas. Después se repartían entre los asistentes. Un sacerdote constataba que tanto la sangre como la carne fueran puras. La cabeza del animal sacrificado era lanzada al Nilo para que con ella se fuera lo malo y lo negativo. Se iniciaba entonces la búsqueda del nuevo Apis. Por los epitafios del Serapeum sabemos que entre la muerte del Apis y la introducción del nuevo pasaban generalmente de uno a dos años. En casos excepcionales cuatro o cinco años.

3.4 "Serapeum", lugar de descanso

No tenemos datos de los entierros del Toro Apis anteriores al Reino Nuevo y de entonces, se conocen desde Amenhotep III de la Dinastía XVIII. Es Ramses II de la Dinastía XIX, quien abandonó la costumbre de enterrar a los Apis en tumbas aisladas, las cuales habían sido violadas y robadas. Para ello encomendó a su hijo Jaemuaset la realización de una necrópolis para los Apis, al norte de Saqqara. Estrabón llamó a este sitio Serapeum, por albergar al Apis muerto, ya transformado en Osor-Apis, y al que los griegos convertirían en Serapis.

Con Jaemuaset se trasladaron al Serapeum los Apis conocidos. Este príncipe, cuarto hijo de Ramses II, era Pontífice de Menfis, "Máximo Conductor de las Artes", es decir sacerdote de Ptah, el Hacedor de Estatuas Reales y Divinas.

El Serapeum ha sido llamado uno de los edificios más fascinantes del Valle del Nilo. Estas tumbas monumentales formaban parte de un conjunto que contenía además, en su época final, un templo dedicado a Apis, una avenida o dromo bordeado de esfinges y una capilla a la entrada del inmenso sepulcro subterráneo. Cerca de todos estos edificios estaba el Templo de Ptah y el templo para la madre del toro, el Iseum, descubierto por W.B. Emery en 1970 y en donde consta en una estela, el entierro de una vaca Isis en el año en que Cleopatra VII se unió a Marco Antonio en Siria. Además hay varias tumbas dispersas, muy destruidas, que consisten en un templo y una bóveda. Había ahí estatuas de hombres con cabeza de Apis, de la época de Amenhotep III, probablemente tumbas individuales del toro sagrado.

El templo de Apis, que seguramente era de época ptolemaica, constaba de dos capillas, una de estilo griego y otra egipcio. En la naos había una, de piedra con restos de pintura; está colocada sobre una base y lleva las piernas del lado izquierdo hacia el frente, entre los cuernos tiene los restos de un disco solar y un ureo. Mide 1.20 m de altura por 1.54 m de largo y es de la Dinastía XXX. Actualmente se encuentra en el Museo del Louvre. Se encontró también en la naos una estela representando al faraón Nectánebo II, de la Dinastía XXX, seguido de un sacerdote de Apis-Osiris, haciendo una ofrenda. Este faraón realizó trabajos en el Serapeum y en el complejo de la madre del toro, al norte. También mostró interés en otros centros de culto a diversos animales como Armant y Bubastis. Cerca de la naos de Nectánebo, pero de época posterior, estaba un hemiciclo con once estatuas de poetas y filósofos griegos, entre los que se encontraban Homero, Píndaro, Platón, Tales, Protágoras y Demetrio de Falerón. Éste último tuvo mucho que ver con el advenimiento de

Serapis (a quien más tarde estudiaremos), pues según él, este dios lo había curado de la ceguera. Había algunas otras esculturas que no fueron plenamente identificadas.

En este sitio Alejandro Magno celebró juegos musicales y atléticos en honor a Apis. Frente a las dos capillas existió una plaza adoquinada bajo la cual se encontraron gran cantidad de estatuas de bronce de dioses egipcios. El dromo que unía el templo con el sepulcro estaba flanqueado de esfinges de piedra, de las cuales quedaban ciento cuarenta en la época de su descubrimiento, algunas de ellas tenían inscripciones invocando a Apis. Había algunos basamentos vacíos, ya que otras esfinges, unas quince, fueron encontradas dispersas por Alejandría y El Cairo, en casas particulares o en templos recientes. Incluso estas quince fueron la clave que permitió al egiptólogo francés August Mariette descubrir en 1850 el Serapeum. En este corredor o dromo se acostumbraba a realizar peleas de toros, los cuales eran criados especialmente y para tal fin con mucho esmero y cuidado. Las peleas de toros eran una representación simbólica de la lucha que el muerto debía llevar a cabo en el otro mundo para mantener su lugar como líder, con el fin de poner orden en el caos natural.

Los toros usados en las peleas eran llamados kA, lo cual denotaba el más alto grado en el estatus dentro del grupo, ya que éste ideograma representa la virilidad, el poder de procreación y "el que merece aparearse." En este toro se concentraban la fuerza y el coraje necesarios para un líder de manada que debía retar y ser retado, para finalmente poder imponerse; es por ello que muy pronto el toro fue asociado a los dioses y al rey. Estas peleas están representadas en veintisiete tumbas de jefes locales del Alto y Medio Egipto y abarcan un período que va desde finales del Reino Antiguo, Dinastía VI, hasta principios del Reino Nuevo, Dinastía XVIII. Después ya no aparecen representaciones de este tipo, sin embargo si tenemos registradas esta clase de peleas en los dromos del Templo de Ptah en Menfis, en épocas posteriores.

Sabemos que esta misteriosa necrópolis, el Serapeum, está excavada a 12 m. de profundidad y consiste en tres pasillos. El primero, llamado ahora bóveda Greater, mide 3 m. de ancho por 68 m. de largo y 4.5 m de altura. A él desembocan 24 cámaras talladas en la roca viva. Estas varían de tamaño, las hay de 6 a 11 m. de largo y de 3 a 6 m. de ancho. En cada una de ellas se depositó un enorme sarcófago de diversos materiales, de basalto, de granito negro o rosado y de piedra caliza. Cada uno pesa, aproximadamente, 70 toneladas y miden, con algunas variantes, 4 m. de longitud por 2.3 m. de ancho y 3.3 m de altura, tallados en una sola pieza, mas su respectiva tapa. Algunos tienen inscripciones grabadas.

Los entierros abarcan de la Dinastía XXVI al final del período griego y en ellos no se encontraron rastros de Apis. Esta galería fue construida por Psamético I de la Dinastía XXVI (664 a.C.) y el primer toro que se enterró en esta sección fue del año 52 de este faraón. Éste fue el primer pasillo descubierto por Mariette, poco después encontró otra galería, la bóveda Lesser, la cual se encuentra en ángulo recto con la primera. Esta contenía entierros de las Dinastías XIX y XX pero en ataúdes de madera. En el centro se descubrió una enorme roca que guardaba una tumba en la que se encontraron los restos aparentemente de Jaemuset, ataviado con una máscara de oro que le cubría la cara y una cadena en el cuello con amuletos. Sin embargo al respecto existe la duda ya que la momia sólo era una masa de betún y algunos huesos, los amuletos con cabeza humana contenían una inscripción que decía: "Osiris-Apis, Grandioso Dios, Señor de la Eternidad" lo que hace pensar a algunos especialistas en la posibilidad de que fueran de un Apis. Finalmente se halló una tercera galería, más antigua, con enterramientos de la Dinastía XVIII. Posiblemente entonces ya existía un edificio previo al construido por Jaemuset o los restos fueron trasladados por él a este sitio. En una cámara que no había sido saqueada se encontraron dos grandes ataúdes rectangulares, pintados de negro y que contenían aparentemente momias del Apis, sin embargo sólo eran un montón de pequeños huesos del toro. Estas galerías se siguieron ampliando desde su construcción hasta la época de los Ptolomeos, llegando a tener 200 m. de longitud en total y siendo utilizadas hasta el año 30 a.C., cuando abruptamente fueron abandonadas, habiendo dejado incluso un enorme sarcófago negro a la entrada. Gran cantidad de estelas votivas, dejadas por los fieles con agradecimientos y peticiones, fueron encontradas en los muros de la entrada, lo mismo que vasijas, joyas y ushebtis con cabeza de toro. Generalmente los faraones apoyaron e impulsaron estos cultos tan populares ya que con ello reafirmaban la naturaleza singular de su civilización frente a las cada vez más crecientes presiones de culturas extranjeras.

De todo este maravilloso hallazgo de monumentos arquitectónicos, sarcófagos, estelas, utensilios, trabajos, esfuerzos y plegarias sólo algunos restos de Apis fueron encontrados, uno de ellos estaba adornado con un hermoso pectoral de oro, turquesas y lapislázuli, con el nombre del faraón Ramses II grabado.

Junto con ellos se descubrieron las huellas de unas manos y de un pie pertenecientes a quien posiblemente cerró la cámara y vio por última vez el sarcófago del Apis, quedando intacto mas de 3000 años. Estos restos se encuentran ahora en el Museo Agrícola del Cairo y en el Museo del Louvre.

3.5 Serapis, un nuevo dios

Por otro lado el culto al toro Apis sufre una transformación en la época de los Ptolomeos, aunque no por ello dejó de ser importante por sí mismo, es decir como el sagrado toro Apis. Los gobernantes ptolemaicos, en su deseo de reunir en un solo ideal religioso a los egipcios y griegos, intentaron crear y de hecho crearon un dios común, con características importantes de dioses principales de ambas culturas.

Ptolomeo I Soter (304 a.C.) introdujo el culto de este dios compuesto. Según este rey, tuvo un sueño y en él vio la enorme estatua de un dios, la cual le ordenaba llevarla a Alejandría. Como nunca había visto un dios así, se lo describió a su canciller Sosibius, quien le aclaró que ciertamente existía una estatua con esas características en Sinope, puerto de Turquía en el Mar Negro, y por entonces colonia griega. Después de algunas negociaciones con los habitantes y las autoridades del lugar, la estatua pudo ser llevada a la capital egipcia. Los griegos decían que era Hades o Pluto y los egipcios Asar-Hap o Serapis. (Hades: Dios del Inframundo, hijo de Cronos y Rea. Tiene un casco que lo hace invisible y que es el símbolo de la muerte. Pluto: Dios de la Riqueza Agrícola, hijo de Jasón y Demeter. Zeus lo dejó ciego para que repartiese por igual la riqueza agrícola.)

Para lograr el sincretismo el faraón consultó eminencias en la materia como el griego Timoteo y el egipcio Manetón, que como expertos en cuestiones teológicas de cada pueblo, aportaron los elementos necesarios. Al principio se le representó como un hombre parado con las piernas separadas, con cabeza de toro y sobre ella una luna creciente dentro de la cual había una luna llena y arriba dos plumas. En su pecho tenía un pectoral en forma de pilono con dos cobras y en las manos el mayal y el callado, las dos insignias reales. Con el tiempo se helenizó y se convirtió en un dios típicamente griego, con barba y con una medida de cereal en la cabeza y, a veces, con cuernos. Asimiló, además, los elementos de Zeus, Helios, Esculapio y Dionisio. Asar-hap o Serapis envolvía los conceptos de la vida después de la muerte y de la fecundidad en la agricultura de Osiris y Apis. Zeus aportó su característica de dios supremo y soberano, Helios su calidad de dios solar, Dionisio la fertilidad de la naturaleza y Esculapio su relación con la otra vida y sus poderes curativos y regenerativos.

El templo construido para el culto de Serapis, llamado también Serapeum, se hizo en el barrio de Rhakotis de Alejandría, en donde habitaban la mayor parte de los egipcios. Fue consagrado por Ptolomeo III Evergetes I y construido por el arquitecto Parmeniso. Una nueva escultura, en el más puro estilo griego, fue realizada por Briaxis, para sustituir la primera. Según parece, este culto prevaleció principalmente entre los griegos, pasó después a Menfis y a todo el reino y no cesó hasta que el templo fue destruido en el siglo IV d.C.

Su veneración se extendió a Delos desde el principio, pues se sabe que fue introducido en el 280 a.C. por el sacerdote Apollonio I procedente de Menfis, quien llevó consigo una pequeña estatua, la cual colocó en una humilde habitación. Después de algunas peripecias su nieto, Apollonio III logró construir un templo y mandó grabar una columna con la historia de Serapis, dejándola como ofrenda votiva. El culto pasó entonces a Mileto, Halicarnaso y Atenas, a esta última ciudad llegó junto con Isis. En un principio el culto únicamente fue practicado por sociedades privadas. En las islas y en Asia si era público, cosa que ocurrió más tarde (200 a.C.) también en Atenas, en donde incluso se le construyó un templo al norte de la Acrópolis. Además, sus imágenes aparecen en monedas atenienses.

Su adoración se extendió por el Imperio Romano, en donde incluso se encontró un templo dedicado a Serapis en la Britania Romana. Septimio Severo (S.III d.C.) cuya Dinastía reverenció las costumbres egipcias e hizo oficial el culto a Isis, se hizo representar como Serapis y su hijo Caracalla hizo construir en las laderas del Quirinal un grandioso Serapeum. Sin embargo el pueblo egipcio prefirió a sus dioses

tradicionales como Osiris, Isis y al mismo Apis, algunos de cuyos cultos prevalecieron en rincones apartados hasta bien entrada la era cristiana, como el de Apis a quien se siguió consultando como oráculo e Isis, que en la Isla de Filae, al sur de Egipto, fue adorada hasta el S. VI d.C., habiendo asimilado a las diosas mediterráneas y convirtiéndose en madre universal.

En 392 d.C. Teodosio sube al trono bizantino y prohíbe el culto idólatra; por orden suya se cierran los templos paganos y se prohíbe el sacrificio de animales. Ese mismo año el Serapeum de Alejandría es destruido por el patriarca Teófilo de esa misma ciudad. La última inscripción jeroglífica que se hizo se encontró en el Templo de Filae y es del año 394 d.C.

3.6 Vestigios

Desgraciadamente nos faltan datos del Apis de algunas épocas. Del inicio de la época histórica solamente tenemos vestigios de la Dinastía I y II; del Reino Antiguo de la Dinastía V; del Reino Medio de la Dinastía XII y luego hasta el Reino Nuevo, de la Dinastía XVIII y XIX; del Tercer Periodo Intermedio de las Dinastías XXII, XXIII, XXIV y XXV; de la Epoca Tardía de las Dinastías XXVI, XXVII, XXX y XXXI y finalmente, de la Epoca Ptolemaica.

De la Dinastía I conservamos el ostracón y el sello de la tumba de Hamaka ya mencionados, de la Dinastía V tenemos la Piedra de Palermo que da cuenta de los festivales de Apis. De la Dinastía XII se encontró en la tumba de Senbi, funcionario del reino de Amenemhet I, una inscripción en donde el muerto era identificado con el "..... toro Apis quien está en el cielo, el cementerio, grande de cuernos". Del Reino Nuevo de las Dinastías XVIII sabemos de un Apis enterrado en la época de Amenhotep III, ya que este faraón fue representado en un relieve dirigiendo esta ceremonia, acompañado de su hijo Thutmose. En la época de Tutanjamón, cuando este regreso a Tebas y al culto de Amón, un Toro Apis fue enterrado en Menfis. En la Dinastía XIX también se hace mención del sagrado toro en el reinado de Ramses II, en un ostracón encontrado en Deir- el Medina, que menciona el entierro de un Apis en 1265 a.C. y en las pinturas encontradas en el Serapeum, en donde se representa a Ramses II y a su hijo ofreciendo víctimas propiciatorias a los Apis.

Desde luego tenemos la prueba más contundente de este culto en las magníficas tumbas del Serapeum y en los restos de Apis que se conservaron, ambos reflejan con grandiosidad la importancia de este toro. Existe, además, la mención que hace Mariette del templo en el que se confirma la veneración de que era objeto el Apis.

Las siguientes referencias del toro se hacen en la Dinastía XXII con Shoshenk III en cuyo año 28 de reinado muere un Apis; el siguiente toro muere en el año 2 de su sucesor el faraón Pami y ambos acontecimientos están documentados en la "Estela de Pediese". Con Shoshenk V muere otro Apis, de 26 años de edad, en el año de reinado numero 37 de este faraón. Ello se asienta en la "Estela de Harpeson", en la cual hay, además, una larga genealogía, desde Sheshonk I hasta Osorkon II. Muchos de los vestigios de esta Dinastía han sido encontrados en el Serapeum.

Volvemos a encontrar rastros del Apis en la Dinastía XXIV en el reinado de Bocchoris, en donde un Apis muere de 16 años, en el año 6 de su reinado. En la Dinastía XXV muere un Apis en el año 24 de Taharka. Ambos acontecimientos están inscritos en el Serapeum, en las estelas encontradas ahí. Estas estelas, llamadas de los Apis, nos permiten reconstruir perfectamente la sucesión de los reyes de las Dinastías XXIII, XXIV, XXV y XXVI.

De la Dinastía XVI están documentados cinco Apis. En el reinado de Psametiko I muere uno en el año 20 del rey, de 21 años. Este faraón hace construir un templo rodeado de columnas para que el Apis viviera cómodamente. Hay un toro intermedio del cual no hay datos y después se instala un Apis nuevo en el año 54 del mismo faraón, el cual muere en el año 16 de Nekau I, a los 16 años. Ese mismo año aparece otro toro, que es instalado en el primer año de Psametiko II. Este muere en el año 12 del faraón Apries, de 17 años.

En plena conquista persa se habla también de los Apis. Por un lado, Herodoto nos da la versión de que Cambises, Dinastía XXVII, queriendo mostrar que el toro no era realmente un dios, lo hiere en la pierna, dejándolo morir. Sin embargo, según Plutarco, el Apis fue adorado o por lo menos su culto respetado por

Cambises en cuyo reinado aparecen dos toros sagrados, uno de ellos muere en el sexto año de su reinado. La controversia ha continuado hasta nuestros días. Cuando se descubrió el Serapeum en 1850 se creyó que la versión de Herodoto era falsa pues se encontraron testimonios de dos entierros de Apis durante el gobierno de Cambises, en los cuales se había cumplido con los ritos tradicionales. Sin embargo al analizar esos mismos datos se puede apreciar que entre la fecha de entierro de cada uno de estos Apis pasaron seis años, termino completamente inusual. Cabe entonces la posibilidad de que efectivamente Cambises hubiera matado al becerro, como lo dice Herodoto, y que lógicamente no hubiera podido ser enterrado en el Serapeum sino en algún lugar secreto escogido por los sacerdotes. Después Darío, su sucesor, incluso dona dinero, "100 talentos de oro", para el Apis y ordena a sus gobernadores que ofrenden al toro siguiendo las costumbres ancestrales de los egipcios.

Con la Dinastía XXX el Serapeum se ve ampliado y embellecido por Nectánebo I y II, quienes probablemente hicieron y colocaron las esfinges que bordeaban el dromo. En la Dinastía XXXI, persa, Artajerjes destruye templos y permite el robo y la violación de los templos de Apis, el cual es muerto y comido por el rey y sus seguidores. De esta época hay otra estela muy interesante en el Serapeum que habla del faraón Jababash, quien dirige una insurrección en contra del invasor. Sin embargo, en la Época Ptolemaica el culto cobra nuevo esplendor. En la Piedra Roseta se asienta que Ptolomeo V proveía de todo lo necesario al Apis, a Mnevis (otro toro sagrado del que hablaremos mas adelante) y a los demás animales sagrados, además de hacerles magníficos templos forrados de plata. En su época se construye en Alejandría un templo en donde consagran un Apis, proveyéndolo de todo lo necesario y siguiendo el antiguo ritual a la hora de su muerte.

Hay también algunas referencias del Apis en Épocas Romanas, como la de Germánico (16 d.C.), hermano de Claudio, quien al visitar Menfis acudió al sitio sagrado y consultó al toro como oráculo, la señal resultó negativa y al poco tiempo muere. Ya bien entrada la era Cristiana se siguió con esta antigua costumbre oracular. Finalmente el toro Apis fue adorado con fluctuante intensidad durante más de dos mil años.

3.7 Representaciones

Las primeras representaciones que se hacen de Apis, ya mencionadas anteriormente, son como un simple toro, ya que son dibujos primitivos en los cuales probablemente apenas se estaban desarrollando sus características. Fue a partir del Reino Nuevo cuando se le agregó un disco solar entre los cuernos. En la Época Baja apareció en muchos ataúdes, también sencillamente como un toro, llevando a la momia sobre su lomo, hacia la tumba. Sin embargo, de esta época es la mayor parte del material con el que contamos y que siendo más elaborado, nos permite conocer sus características y atributos. Contamos con decenas de esculturas de Apis encontradas en todo el territorio egipcio, desde Elefantina, al sur, hasta el Delta en el norte, e incluso del Oasis de Siwa, en la frontera libia.

La mayoría de ellas provienen de Menfis y de Saqqara, específicamente del Serapeum, sede y necrópolis del Apis. Casi todas son esculturas del toro completo, de bronce y tienen un tamaño que va de pequeño a mediano (desde 4 cm. hasta 50 cm. de altura). Generalmente tienen las piernas del lado izquierdo hacia adelante apoyadas sobre una base, en la cual muy ocasionalmente hay inscripciones. Como común denominador portan un sol y un ureo entre los cuernos y, poco mas de la mitad, tienen pintado o grabado en el cuello un collar, en el lomo una cubierta o manta y en los cuartos traseros un escarabajo y un buitre alados. En la frente llevan un triángulo blanco que como se recordará es una de las características que debían de tener los toros vivos para ser considerados Apis. Son pocos los que tienen incrustados en los ojos y en el triángulo de la frente plata o piedras semipreciosas. Raros son los que tienen ojos humanos o soles alados pintados en la parte trasera o los que no tienen ningún adorno o bandas adornando el rabo, pero los hay.

Según algunas investigaciones las estatuas de bronce de los Apis se hacían como recuerdos u ofrendas de un día especial, la gran fiesta de su presentación en el Templo de Ptah, cuando el toro, ya como Apis, era conducido a su nueva morada. La representación de estos toros es la de un animal joven lo que encuadra con la idea de que el Apis era llevado al templo a los nueve meses aproximadamente. Se cree que lo representan en un día de fiesta por la serie de adornos que presentan algunas de ellas, aunque también

podrían haber tenido la función de amuletos ya que tanto el buitre como el sol y el escarabajo alados son símbolos de protección. Posiblemente estas esculturas eran colocadas después en los templos y más tarde, cuando el toro fallecía, dentro de su sarcófago o en el Serapeum. Curiosamente esta serie de adornos o símbolos que presentan algunas esculturas en bronce no se ven en las representaciones de Apis en estelas, sarcófagos, relieves, pinturas o papiros.

Algunos de estos elementos eran las marcas que el toro debía de tener para poder ser considerado el Apis, según los autores antiguos. Sin embargo algunos investigadores modernos dudan que estas señas hayan sido reales y consideran que se les ponían como adorno o como símbolo de las que supuestamente debería de tener, en ocasión de esta fiesta.

En general las esculturas de bronce, contrariamente a las estelas, no contienen fechas ni nombres, aunque contamos con algunas excepciones como una estatua de 11 cm. de altura que se encuentra en la Colección Alfred Czuzka de Viena y otra de 7.9 cm. de altura en el Museo de Louvre, ambas con inscripciones y con características similares. También existen otras esculturas, pocas, de diversas piedras semipreciosas, de terracota y de fayenza, hay una de plata y otra de lapislázuli que quizá se usaron para purificar los lugares sagrados, como la serie de pequeñas estatuas de diversos dioses egipcios que Mariette encontró debajo de las losetas del dromo del templo de Apis.

De piedra tenemos dos ejemplares mayores, la primera escultura es la que se encontró en el Serapeum de Saqqara, de 1.50 m. de largo por 1.28 m. de altura, de piedra caliza y con restos de pintura y la segunda es la del Serapeum de Alejandría, de piedra negra y de 1.80 m. de altura. Ambas serían la escultura principal de los templos mencionados, a las cuales posiblemente los fieles se acercarían con mayor facilidad para venerar y consultar.

Mucho menos comunes son los prótomos de los que quedan unos quince y menos todavía las representaciones de Apis con cabeza de toro y cuerpo humano, de las cuales hay sin embargo algunos ejemplares, que como los demás portan ureo y sol entre los cuernos. Una de ellas lleva la inscripción de "Osiris-Apis". Este sol lo tiene Apis, repito, a partir del Reino Nuevo, es por ello que estas esculturas lo llevan ya que son de periodos tardíos. Además de estas representaciones, existen también estelas, placa y discos de piedra y terracota en donde se le representa, pintado de negro y blanco, en su barca sagrada. Algunas veces esta en compañía de Bes, dios secundario, y otras de Isis, Neftis y Harpócrates, todos ellos dioses muy populares y cercanos al sentimiento popular y que prevalecen hasta el final de la historia egipcia antigua, e incluso la sobrepasan.

A Apis lo encontramos también en joyería, en amuletos y en armas. Como ejemplos únicos están un par de aretes en forma de cornucopia de la cual sale una cabeza de Apis; dos o tres amuletos en piedra verde y lapislázuli y una daga de oro, cuyo mango está cubierto con una cabeza de Apis. Hay, además, dos esculturas muy interesantes encontradas en Saqqara que nos muestran, una, al faraón Ramses II quien ordenó la construcción del Serapeum y la otra, a su hijo Jaemuaset, quien llevó a cabo la planeación y construcción de la necrópolis. Ambos tienen representado cerca de ellos al toro Apis.

Fuera de Egipto se han hallado gran cantidad de esculturas de Apis, la mayoría también de bronce y con disco y ureo entre los cuernos, todas son pequeñas, desde 3 cm. hasta 39 cm. de altura. Abarcan Palestina, Siria, Creta, Chipre, Grecia, Italia, Alemania (Germania) e Inglaterra (Britania). Casi todas tienen las mismas señas grabadas o pintadas que las encontradas en territorio egipcio, las hay también de piedra. Los amuletos son comunes en piedra y terracota y algunos pocos en fayenza. Casi todos representan al toro completo y la minoría sólo la cabeza. También se le encuentra representado en algunos pocos bajorelieves. De piedra tenemos otros de los poquísimos ejemplares de gran tamaño, uno de 1.33 m. de altura por 1.45 m. de largo, de granito negro y con todos sus atributos principales, encontrado en el jardín del Palazzo Brancaccio en Roma y otro, de granito rosa de Asuán, de 1.17 m. de altura por 1.75 m. de largo, llamado el Apis de Porta de San Lorenzo, también en Italia. Aparece aquí un material nuevo en la representación de nuestro toro: el mármol, material del cual se han encontrado generalmente altares con relieves en los cuales aparece Apis acompañado de otras figuras como Isis, Serapis y Harpócrates. También se le representó en pinturas en los muros de diversos edificios de Italia como en los Baños de Baiae y en Pompeya: en la Casa del Frutteto y en el Templo de Isis, en donde Apis aparece sin el disco, sin el ureo y acompañado de Anubis, de Atón y de Ra. Llaman la atención las joyas en las cuales los motivos de Apis aparecen, ya sea solo o

acompañado de otros dioses. Hay anillos y aretes de oro, aplicaciones en marfil, cornalina, onyx y jaspé e inclusive en el reverso de un escarabajo de cornalina. Una única pieza en madera, un pectoral, nos lo muestra en relieve.

4. Otros toros sagrados

4.1 Mnevis

El Apis no fue el único toro que se adoró en Egipto, hubo por lo menos tres formas más de toros sagrados, aunque menos conocidas. De dos quedan algunos datos y del tercero sólo breves menciones. Sin embargo ninguna de ellas logró alcanzar la celebridad del Apis.

En el primer caso tenemos a Merur o Mnevis y a Baj o Bujis y en el segundo caso al toro de Min. Mnevis fue el toro sagrado de la ciudad de Heliópolis y representaba a Ra-Atum, es decir el poder vivificante del sol. Se le llamaba "La Renovación de la Vida", sin embargo también se le relacionó con Osiris ya que se ha encontrado su nombre como Mnevis-Osiris o Mnevis-Uenen-Nofer. En la ciudad de Zagazig, en el Delta, se encontró parte de un obelisco, monumento eminentemente solar, de la época de Nectánebo II, Dinastía XXX, en el que se le llama al rey el amado de Osiris en tres manifestaciones: "El Gran Toro, Señor de Horbeit", "El Mnevis de Horbeit" y "El Alma Viviente en su Barca Viviente". Ra fue un dios adorado en Egipto desde tiempos prehistóricos y prevaleció a través de toda su historia. Creó al mundo y se creó a sí mismo dentro de un huevo. Fue dios supremo y recorría el cielo de día en su barca Mandyet, "Que se hace fuerte", cuando estaba en todo su poder y su esplendor y por la noche lo hacía en su barca Mesektet, "Que se hace débil", cuando su poder menguaba y se veía obligado a luchar con enemigos poderosos, como la serpiente Apofis, es decir las potencias adversas a la luz. Sin embargo diariamente salía triunfante por el horizonte oriental haciendo patente su poder sobre esas fuerzas y sobre la naturaleza a la que hacía renacer por medio de sus rayos vivificantes. Atum fue el dios creador de Heliópolis, llamado el "Total". En el Reino Antiguo se le identificó con Ra, siendo Atum el dios del atardecer. Se le representó como un hombre portando la doble corona y su animal representativo era el icneumón.

El nombre egipcio de Mnevis era Nem-Ur o Mere-Hur. Respecto a su color la mayoría de los autores asientan que era negro sin marcas y algunos pocos afirman que era blanco, pero con penachos de pelo oscuro en el cuerpo y en la cola, o moteado. Como los demás animales, debió ser un dios autónomo que con el tiempo se subordinó al culto de Ra-Atum y se convirtió en su heraldo y en su oráculo. Su culto y las ceremonias que lo acompañaban no han llegado hasta nosotros, pero seguramente serían muy similares a las del Apis. Vivía en establos cercanos al templo del dios, con todos los privilegios, como buena comida, vacas, cuidados, etc., dignos de su posición, e incluso cerca de su madre la vaca Hesat.

Sin embargo, respecto a Mnevis, contamos con un detalle particular, relacionado con el faraón Ajenatón. Durante su gobierno este rey, de la Dinastía XVIII, pretendió implantar el culto a Atón, proscribiendo a Amón, a los dioses de su tríada y a los que se habían unido a él. Intentó sintetizar en Atón las cualidades espirituales del mundo sin necesidad de representarlo en forma humana o animal, sino simplemente como un símbolo: un sol con rayos con manos en los extremos. Es de llamar la atención que el culto a un animal tuviera cabida en la nueva religión, cuando la mayoría de los dioses fueron prohibidos y destruidos sus nombres. Se pretendía una religión más espiritual, en donde no hubiera dioses con aspecto humano o animal y que fuera más universal, ya que los beneficios de Atón debían de ser no sólo para los reyes y el pueblo de Egipto, sino para todos. Aunque en realidad en las representaciones, sólo se ve al faraón y a su familia gozando de los rayos del sol. Curiosamente el culto al toro Mnevis prevaleció en este reinado, ya que según el faraón, Atón se manifestaba en él. Incluso en su nueva capital, Ajenatón preparó una suntuosa tumba para el toro sagrado, dejando asentado este hecho en una estela limítrofe, erigida en el cuarto año de su nueva capital. En ella se mencionan los acuerdos llevados a cabo para la adoración y el culto de Mnevis. Esta tumba se hizo en los acantilados del este de la ciudad.

El culto a Mnevis se inició probablemente en épocas muy distantes, según Manetón desde la Dinastía II con el faraón Nebra. También se le representó con un sol y ureo entre los cuernos y, según Plutarco, a Mnevis se le ofrendaron honores más altos que a Apis. Sin embargo es de suponerse que ello varió con los

tiempos, seguramente en la época en la que Menfis fue capital, sus dioses y Apis prevalecerían sobre los demás y es muy probable que en la época de Ajenatón, si fuera Mnevis el toro más importante.

Por otro lado, en la Época Baja, la enorme cantidad de representaciones de Apis en contraposición con las pocas de Mnevis y las múltiples menciones que los autores clásicos hacen respecto a él, nos dan una idea de que Apis era el toro sobresaliente, en la mayoría de las épocas. Llama la atención, sin embargo, que del Apis sólo se ha encontrado una necrópolis, la de Saqqara y en cambio de Mnevis han sido descubiertos más sitios. Cerca de Heliópolis, en Arab-el Tamil, encontramos un cementerio suyo, probablemente de la época ramesida. Otro, muy basto, conteniendo enormes sarcófagos, se encontró en 1954 en Abuyassin, entre Horbeit y Zagazig, en el Delta. Y por último en Tell-El Amarna en donde existe una tumba pequeña pero muy elaborada arquitectónicamente. Queda constancia de que al administrador May, "Escriba de las Tropas de Élite y Superintendente del Ganado del Templo de Ra", el faraón le concedió el enterramiento del toro sagrado Mnevis.

Cuenta Eliano que Bakenrenef, rey de la Dinastía XXIV, llevó un toro salvaje con el fin de acabar con Mnevis, lo cual no logró pues sus cuernos se atoraron en la rama de un árbol y el toro sagrado lo cornó y lo mató.

4.2 Bujis

Bujis o Baj o Bacis fue el toro sagrado de Hermontis, ciudad al sur de Tebas. Se le llamó "Toro de las Montañas y el Ocaso". Se caracterizó por su fuerza, violencia y belicosidad. Tampoco aquí los autores coinciden en su color, algunos dicen que debía ser completamente negro y otros, en cambio, que debía tener la cara negra y el cuerpo blanco. Otro de sus atributos sería que su pelo debía estar dispuesto en sentido contrario al de los demás animales, o que este cambiara de color a través de las horas del día. En el Período Bajo se le asoció al dios Montu, dios tebano de la guerra, el cual fue representado al principio con cabeza de halcón y después de toro, armado de un arpa y un hacha, fue patrono de la provincia tebana, antes de ser substituido por Amón. El toro Bujis era el heraldo de Montu en la tierra.

Parece ser que al igual que los dos toros anteriores, Apis y Mnevis, Bujis también tuvo relación con Osiris. Eliano lo llama Onufris, título de Osiris, además de que a su nombre se le agregaba el nombre Asar (Osiris) : Asar-Baj.

Probablemente al morir su relación era con Osiris y ya no con Montu. Es curioso observar que algunos autores, en el recuento de toros sagrados egipcios que hacen, nombran como a un toro específico a Onufris, Aa-Nefer o Unnefer, todos ellos nombres dados a Osiris después de su resurrección. Creo que, después de analizar a estos tres toros sagrados, apreciamos que los tres, al morir, asumían su relación con Osiris como dios del otro mundo y de la resurrección y que no era este el nombre específico de un cuarto toro, del cual por otro lado no hay ninguna información específica.

El toro Bujis no era preparado para la momificación como los demás toros, a los cuales por medio de una inserción en el costado, les retiraban las entrañas. A Bujis se las extraían por el ano, con instrumentos retractores de bronce y por medio de enemas, todos ellos artefactos encontrados en sus tumbas. Después se le vendaba en posición reclinada con las piernas dobladas debajo de él, sujetándolo por medio de vendas a una base provista de abrazaderas. Encima de la cara se le colocaba una máscara dorada, con ojos incrustados de vidrio y entre los cuernos un disco con dos plumas.

Sus tumbas, que atestiguan su culto e importancia, fueron encontradas en 1927 por R. Mond y por W.B. Emery en las orillas del Desierto de Armant, al norte de la ciudad de Hermontis. Se le llamó el Bujeón y la tumba más antigua es de la época de Nectánebo II. Esta necrópolis se usó durante 650 años, hasta la época de Diocleciano (S. IV) y en ella se encontraron enormes sarcófagos. También fueron descubiertas las tumbas de la madre del toro. La última inscripción jeroglífica respecto al toro Bujis y su culto es la llamada Estela de Armant (Museo Británico) de 295 d.C., de la época del reinado de Diocleciano. La estela habla de la muerte del toro, posiblemente el último Bujis.

4.3 Otros toros sagrados

Entre los demás Toros sagrados cabe mencionar al Toro de Medamud, llamado "El muy Grande Toro Sagrado que está en Medamud". Nag El-Medamud, ciudad cercana a Luxor, fue centro importante del culto a Montu desde la Dinastía XII, en el Reino Medio; en ella se encontraron restos de un templo dedicado al toro sagrado del dios. Es probable que este toro fuera el mismo que Bujis, ya que a ambos se les atribuyen signos de fiereza y desde luego, su relación con Montu. Wallis Budge habla también de otro toro sagrado, el "Toro Negro" de la ciudad de Ka-Kam cuyas características se han perdido. Por ser esta la única mención que tenemos, no sabemos si como el anterior, el de Medamud, era probablemente uno de los tres toros importantes, llevando además el nombre de su pueblo o si por el contrario era un toro autónomo con la importancia de estos tres (Apis, Mnevis y Bujis), aunque no lo creemos así en vista de la escasa información que sobre él existe.

Por último tenemos al toro del dios Min, del cual no sabemos su nombre pero sí que era blanco y que era adorado en Jemnis y en Coptos. Pocos datos tenemos de este animal, sin embargo se sabe que acompañaba al faraón en uno de los festivales más importantes del ceremonial egipcio, en el de la cosecha. En él se hacía una solemne procesión dirigida por el rey, que iba acompañado del toro blanco, al cual adornaban con un disco solar y dos plumas entre sus cuernos. El rey cortaba una gavilla de trigo y se la ofrecía al toro, probablemente tratando de propiciar la fecundidad. Esta fiesta tan importante se llevó a cabo desde la Época Tinita hasta la Romana. Cuando esta finalizaba el rey y la reina se situaban frente al toro y le decían:

"¡Salud a ti! Oh Min, que has fecundado a tu madre! ¡Cuán misterioso es el rito que has realizado en la oscuridad!"

Min fue el dios que personificó la fuerza generatriz de la naturaleza y la procreación de las plantas, los animales y los hombres. Se le representó como un hombre itifálico y su santuario estaba coronado por un par de cuernos de toro. Se le llamaba "Toro de su Madre", "Kamutef" o "Gran Toro". El rayo era uno de sus atributos y por ello se le llamaba también "Aquel que desgarró la nube lluviosa". Al toro de Min sólo se le menciona con relación al dios y sin aportar datos sobre su vida, lugar de residencia o datos específicos sobre él.

5. Animales sagrados en general

En los inicios de la historia egipcia sólo algunos animales con características especiales fueron considerados sagrados, siendo ellos la reminiscencia del animal sagrado de cada localidad en la prehistoria. En el Reino Nuevo el culto a un animal específico se establece plenamente, resultando que en el período de la decadencia todos los animales de esa especie fueron considerados sagrados. Es en la Época Saíta y después de ella, que la veneración masiva de los animales se generalizó, aún a pesar de que con anterioridad o en algunas épocas, ocuparon un lugar opaco dentro de la religión oficial. Sin embargo el pueblo se identificó de tal manera con ellos que finalmente los animales más importantes tuvieron un lugar predominante en el ceremonial oficial. En este culto, del cual quedan antiguos testimonios, los dirigentes del rito se volcaban sobre un solo individuo de la especie, al cual escogían, con sumo cuidado de acuerdo a normas perfectamente establecidas.

De los animales sagrados, además de los predominantes toros, contamos con una larga lista. Colocados mas o menos en orden de importancia tenemos en primer lugar: El Carnero, símbolo de poder y fertilidad. Se le adoró en Mendes, Heracleópolis, Tebas, Esna y en Elefantina. Representó al dios Amón y en otras ocasiones a Jnum.

La Vaca, animal sagrado de Hathor y de Isis. Hubo varias vacas sagradas, como las de Hathor que eran llamadas vacas Zentel y la vaca Hesat que era la madre de Anubis y de Apis, y que entre sus funciones tenía la de amamantar al faraón cuando niño. La vaca salvaje era considerada la madre del faraón, ya que él era comparado con el toro salvaje. La vaca estuvo conectada con el cielo y con el otro mundo, siendo símbolo de la esperanza en la otra vida, incluso las camas en donde se colocaban los muertos y los sarcófagos mismos, tenían formas o pinturas con representación bovina, lo que significaba que el muerto podría renacer de la matriz de la vaca. Su lugar de culto y entierro fue especialmente Dendera, pero también se encontraron tumbas de vacas divinas, madres de los toros divinos, cerca de las tumbas de sus hijos.

El cocodrilo, animal representante del dios Sobek. Adorado en Kom-Ombo, en Tebas y en el Faiyum en donde incluso la ciudad llevó el nombre de Crocodilópolis, ciudad sagrada. Morir en sus fauces era considerado un honor. Se le alimentaba con miel y carne, la cual se le ponía directamente en las fauces. En Tebas se le adornaba con aretes en los orificios auditivos y argollas de oro en las patas. Sin embargo en otras regiones como Elefantina, no sólo no era sagrado, sino que se le cazaba y se le consumía como alimento. Se han encontrado dos importantes cementerios de cocodrilos, el Sucheión en donde se enterraban los cocodrilos sagrados que vivían en el templo y otro en Tebtinis, al sur del Faiyum. En este sitio no se han encontrado ni estelas ni tumbas elaboradas, simplemente una cavidad en la arena; sin embargo los cocodrilos están momificados de manera muy elaborada y están dispuestos por familias, en cada hoyo hay un padre, una madre y alrededor de seis hijos, también hay huevos.

El ibis fue una de las aves más sagradas para los egipcios, sin embargo debía tener características especiales como el cuello sin plumas y de color negro opaco, las patas grises con matices azulados y el cuerpo blanco, con plumas negro-azul en la cola. Estaba consagrado a Tot y al morir se le momificaba con todo cuidado y se introducía en cántaros de barro. De todo Egipto llevaban los ibis muertos para colocarlos en los lugares sagrados, como la importante necrópolis de Saqqara y la de Hermópolis, en donde se descubrió un laberinto subterráneo cavado en la roca, a 34 metros de profundidad, en el cual se contaron cuatro mil urnas para los ibis, además de la sala para el embalsamamiento y un altar, en donde se encontraron tres esculturas de madera dorada de dos ibis y un babuino, además de infinidad de estatuillas pequeñas.

El halcón, un animal importantísimo desde épocas prehistóricas, estuvo ligado al dios Horus. Se le adoró especialmente en Edfú y Hieraconópolis, en donde incluso se le coronaba en ceremonias especiales, las cuales se llevaban a cabo una vez al año. Lo colocaban, al morir, en cajas de bronce rectangulares o en forma de halcón y en tinajas de las cuales se han encontrado gran cantidad. Sin embargo Horus fue siempre y esencialmente un animal real, íntimamente ligado a la realeza.

La cobra y las serpientes en general fueron símbolos de resurrección y de nueva vida y estaban ligadas a los mitos solares del tránsito del sol por el cielo y el inframundo. La más importante fue sin duda, la cobra, símbolo del ureo, emblema y protector de la realeza. También fue protectora del Bajo Egipto. Se le adoraba especialmente en Buto y se le ponía, ya muerta, en cajas de bronce o madera, trabajadas con relieves representando a la serpiente, a veces con cabeza humana con la doble corona y el ureo.

El gato fue un animal sumamente popular, cuya fama ha trascendido y llegado incluso hasta la época actual. Era muy apreciado por el pueblo ya que el gato lo liberaba de alimañas peligrosas. Representó a la diosa Bastet, quien simbolizaba el benéfico calor del sol. Si alguien infringía algún daño a uno de estos animales lo pagaba caro. Una gran necrópolis fue encontrada en Saqqara, aunque su centro de culto más importante fue Bubastis, en el delta. A esta ciudad acudían gran cantidad de egipcios cada año, en una gran peregrinación, para rendirle homenaje a Bastet. En Egipto se le llamaba miw.

El babuino fue teofanía, lo mismo que el ibis, de Tot. Estos animales fueron considerados sagrados pues suponían que sus gritos al amanecer, eran un homenaje a la salida del sol, Ra. Se han descubierto muchos ejemplares momificados cerca de Tebas, en Saqqara y en la necrópolis de Tuna el Gebel en donde se encontró un sarcófago de babuino de la época de Darío I, el rey persa.

Los peces, a los cuales se les momificó en gran cantidad, fueron colocados en cajas de madera o de bronce. Sobresalió el pez oxirinco el cual, en su centro de culto, Oxirinco en el delta, fue ampliamente venerado. Se le consideraba relicario viviente, ya que este pez, según la leyenda, se había comido el miembro viril del dios Osiris. Sin embargo en otros sitios era denigrado, precisamente por el mismo hecho.

El león fue teofanía o divina manifestación de Ra, de Horus y de Aker. Era popular como guardián del paso del sol y garante del orden cósmico. Se le admiró por su fuerza, energía y coraje. Sus centros de culto fueron Leontópolis y sobre todo Xoís, ambos en el delta. En el primero, sede del dios Aker, un león vivo era mostrado a los extranjeros en los salones del palacio como símbolo de la fuerza del faraón.

Varios dioses tenían forma de león, como Sejmet y Tefnut. Se le representó sobre todo en las esfinges, las cuales eran leones echados que cuando tenían cabeza humana representaban al faraón como el sol o a Harmajis, Sol del Horizonte; pero cuando tenían cabeza de carnero eran la imagen de Amón-Ra. Se colocaban generalmente flanqueando los dromos que iban hacia los templos o frente a las tumbas, ya que se afirmaba que con su mirada penetrante vigilaban sin cesar, el día y la noche. Había también esfinges votivas

con la cabeza del rey o de alguna princesa y se colocaban en los santuarios. Eran, como la de Gizeh, el rey difunto vigilando en las tinieblas, aguardando el nacimiento de Harmajis, el sol de la mañana.

Otros animales, también sagrados, pero de menor importancia o tal vez de menor reconocimiento general son los siguientes:

El Buitre que fue la teofanía de Nejbet, guardián y protector del Alto Egipto y que a pesar de no ser adorado en templos específicos, permaneció, al igual que el ureo, como símbolo de la realeza y de una de las dos partes integrantes de Egipto. También representó a la diosa Mut.

La garza fue identificada con el pájaro legendario Bennu, relacionado algunas veces en la actualidad, con el ave Fénix. Fue la encarnación del sol y vivía en el árbol sagrado Persea en Heliópolis.

El ganso fue el animal sagrado de Amón y de Geb. Raramente se le divinizó.

El avestruz, cuyos huevos sin romper, se conservaban en los templos y en las tumbas de la historia temprana de Egipto, significaban el nacimiento del mundo. Eran bellamente decorados con motivos simbólicos. Las plumas de avestruz eran símbolo de justicia y equidad, pues al tener todas el mismo tamaño no daban pie a diferencias. Maat, diosa de la Justicia, las lleva en la cabeza y se hacían mosqueadores con ellas para el rey y los altos funcionarios.

El icneumon o mangosta que fue adorado en los templos como teofanía de Atum. Se le enterraba también en cajas de bronce con su forma.

La rana fue símbolo de fertilidad y resurrección, además de miembro importante de la Ogdóada de Hermópolis. Se le colocaba en cajas de bronce.

El escorpión, es muy raro encontrarlo momificado, sin embargo hay algunos ejemplares colocados en cajas rectangulares que tienen el nombre de Isis-Serket, diosa en cuya cabeza se representó este animal y que ayudaba a Isis en sus funciones.

La abeja también fue símbolo del Alto Egipto y su nombre formaba parte del nombre del rey, junto con el de Nejbet el buitre.

El escarabajo, llamado Jepri, fue la teofanía de Ra, en su advocación de sol naciente, el sol del amanecer. Son raros los ejemplares momificados, pero los que hay se colocaban en cajitas de madera o piedra, alguno con un pequeño relieve de escarabajo en la tapa.

El hipopótamo cuya ambivalencia es curiosa, pues por un lado, como manifestación de Set, fue denigrado; lo mismo que como el terrorífico animal del inframundo, combinación de cocodrilo, hipopótamo y león y encargado de destruir a los hombres que no pasaban la prueba Del Pesado del Corazón (psicostasia), en el juicio después de la muerte. Pero por otro lado, fue adorado como teofanía de la diosa Tauret, ya que era una de las diosas, que a nivel popular, tuvo mucho arraigo por ser protectora del hogar y de las parturientas.

De mucha menor importancia fueron la liebre, el cerdo y el oryx, aunque si ocuparon un lugar como animales reconocidos como sagrados. En cambio el asno, la tortuga, el murciélago y en algunos casos el cerdo, eran símbolo de la oscuridad y del mal, eran intocables.

En los palacios y templos los animales fueron representados como parte substancial de la vida diaria, como en el Ramesseum, templo funerario de Ramses II, de la Dinastía XIX, en donde vemos, en una sala importante adosada a la biblioteca, las pinturas que representan al dios Amón y a la diosa Mut y a su alrededor, en innumerables recintos, pinturas con magníficas imágenes de todos los animales vivientes adorados en Egipto. Los animales y los objetos fueron parte integrante de la vida terrenal y espiritual de los egipcios. Los acompañaron y protegieron en la vida y los acompañaron y protegieron en la muerte. El hombre, con ellos, formó un todo inseparable y en total concordancia y armonía con la naturaleza.

6. Conclusiones

Las creencias religiosas de los egipcios estuvieron íntimamente ligadas al otro mundo, a ese mundo en donde el muerto seguía viviendo como en la tierra, con las mismas necesidades las cuales había que resolver. Por ello se les enterró con una serie de objetos materiales, además de las plegarias. Ellos creían que formaban parte de un mundo que era un organismo vivo, por lo tanto el morir no era un rompimiento

estrictamente, sino simplemente una reintegración. Tanto la vida como la muerte eran parte integral del ordenamiento armonioso del universo.

Espero que con este trabajo se cumpla uno de los objetivos, que fue en general el de conocer un poco mejor el culto a los animales y en particular el culto al toro en la religión egipcia. Intenté mostrar los porqués y los cómo de esta costumbre un tanto extraña a nuestra cultura, en donde el reconocimiento a las cualidades intrínsecas de cada animal y la identificación humilde hacia ellas, hacían de alguna manera que el hombre se igualara a ese ser sagrado, poniendo de relevancia lo que de sagrado también tiene el hombre.

Otro de los objetivos fue mostrar que era lo que hacía especiales a los animales en la vida y en la muerte, dentro del universo físico y espiritual del pueblo egipcio, que los adoró por ser portadores de características esenciales de la vida tales como la fertilidad y la fuerza. Posiblemente estas características fueron la unión entre el campo secular y el campo sagrado y a través de ellas el hombre se sintió unido a su cosmos y a la sacralidad y trascendencia que este representa.

Así pues, creo que el Toro Apis resulta un compendio y un resumen muy específico de lo que fue la religión egipcia. Relacionado primero con la fertilidad como un simple toro, atributo observado a simple vista; con el tiempo sus advocaciones se fueron diversificando y sofisticando, tornándose más complejas, para finalmente ser vinculado con diversos dioses. Se le relacionó con el río Nilo, fuente primera de fertilidad, por lo que probablemente sus nombres y características coincidieron. Al asociarlo con Ptah, pasa a formar parte importante de las advocaciones de un dios creador, de primordial importancia en la explicación de la creación del mundo egipcio; además Ptah permaneció siempre como un dios respetado y venerado.

Por otro lado, se le relacionó también con Osiris, dios de la muerte y de la resurrección, importantísimo siempre en todos los niveles de la sociedad. Con Ra, dios antiquísimo y fuente de energía creativa, primera presencia contundente de un poder extraordinario para el hombre, Apis también cooperó. Se le relacionó además de los arriba mencionados, con Horus y con Sokar, dioses de primera magnitud siempre. Íntimamente relacionado con el dios humano, el faraón, el cual se identificaba con los atributos del Apis, la fuerza y la fertilidad. El toro lo proveía de los títulos protocolarios de "Toro Victorioso" o "Toro Potente" y al morir el faraón, el falo del Apis le proporcionaba la fuerza para llegar al reino de Ra. Finalmente en esto radica la importancia de nuestro toro Apis, en quien se amalgamaron importantes cualidades de los dioses más representativos del panteón egipcio. Apis tuvo que ver con la vida y con la muerte, abarcó todo el entorno del hombre, es decir que estuvo presente en todo el ámbito humano. El Apis, como un animal extraordinario, fue el puente entre los dioses y los hombres, a través de él ambos pudieron comunicarse. Fue una manera de conjugar las fuerzas de la naturaleza, en las que participaban los dioses lejanos y el hombre presente, solo y temeroso, quien difícilmente entendía ese mundo divino y que por medio de un ser terreno, con características especiales, podía enlazar al hombre perecedero con el dios eterno.

Como hemos podido apreciar el Toro Apis fue venerado a través de toda la historia egipcia. Sin embargo hubo épocas de mayor esplendor y otras en donde este culto disminuyó o se vio opacado por otros. También posiblemente aún nos falten datos por conocer o por descubrir. Las referencias que tenemos del Apis en las Dinastías Tinitas y en el Reino Antiguo son pocas, pero existen. Del Primero y Segundo Periodo Intermedio no los hay, lo cual no resulta sorprendente tomando en cuenta que fueron épocas de decaimiento en las instituciones faraónicas, de invasiones extranjeras y de división dentro del mismo territorio.

Con el advenimiento del Reino Medio volvemos a oír de Apis, aunque escasamente, lo cual posiblemente tenga que ver con la preponderancia que el culto a Amón había adquirido dentro de las esferas del poder, resultando que la devoción faraónica se dirigía ahora hacia el carnero, representante de Amón. Sin embargo, a pesar de ello, Apis volvió a jugar un papel importante desde la Dinastía XVIII hasta el final de la historia antigua egipcia, y muchas veces trascendió este límite temporal. Teniendo en cuenta que la historia egipcia se caracterizó por la permanencia esencial de todas sus instituciones, podemos pensar que el culto al Toro Apis también se llevó a cabo en esos espacios, hasta hoy vacíos de información, ya que al final, en la Época Baja, se le veneró con mayor fervor.

Así pues, el toro en general, y en este caso el Apis en especial, representó para el hombre un ser superior con ciertas características que eran esenciales para sobrevivir y trascender. Si el hombre no era fértil y no podía reproducirse, su estirpe y su legado desaparecerían; si el hombre no era fuerte, física y

espiritualmente, difícilmente podría llevar a cabo cualquier tarea que emprendiera. Creo que el hombre se sentía, como quizá se siente aún en el presente, perdido en la inmensidad del cosmos y ante los misterios de la vida y de la muerte. Esos primeros elementos a los cuales volteó sus ojos y sus plegarias, estaban demasiado distantes de él, en cambio los animales especiales se encontraban muy cerca, podían observarlos, amarlos, rendirles culto, sentirlos cerca e incluso, reclamarles. Cuando ya su seguridad se acrecentó y su razonamiento los proveyó de deidades más espirituales, más profundas y más elevadas, los egipcios no quisieron o no pudieron separarse de ese primer vínculo con la divinidad, y simplemente las amalgamaron y las conjugaron, dejándolas así para siempre.

Teniendo en cuenta la complejidad del pensamiento egipcio respecto a las partes integrantes de los hombres, el ka, el ba, etc., es fácil suponer que los dioses serían igualmente complejos en su integración, es por ello que creo que los animales, advocaciones, teofanías, representantes, heraldos o cualquiera que fuera exactamente su papel, si eran una parte sustancial del dios, es decir si formaban parte de su ser, posiblemente como su ba, alma o principio vital. Sin embargo no deja de llamar la atención dentro de la singularidad del Apis y en este caso de los otros toros sagrados, el que ellos sí tenían un nombre particular. Me refiero a que de todos los demás animales sagrados que también eran heraldos, advocaciones, etc. de algún dios, ninguno tenía un nombre propio. El nombre era para los egipcios una parte importante de la persona, es decir que no era sólo un adorno o una palabra para distinguir, era parte integrante del ser. Por ello el que los toros sagrados hayan contado con un nombre personal me parece que nos da la pauta de la importancia que el animal tenía como ser, ese ser en especial y no únicamente como representante del dios.

A los toros se les rindió culto en todo Egipto. En el norte a Apis y Mnevis, a este último también en el centro; a Bujis y a los otros toros en el sur. Era un culto perfectamente establecido y con toda una serie de rituales que se llevaban a cabo con dedicación. La gente se acercaba a ellos, los consultaba y sobre todo los adoraba como el conducto que eran entre ellos y los dioses. Lo anterior nos indica que posiblemente en cuanto a su connotación de fertilidad y fuerza todos los toros fueron similares, sin embargo el que fueran singularizados mediante el otorgamiento de un nombre nos permite pensar que desde luego, no eran idénticos y que cada uno contaba, de acuerdo al dios que representaba, con diferentes particularidades. Estas podrían derivar además de las diferencias regionales imperantes en las diferentes épocas. Sin embargo, es un hecho el que Apis fue entre todos ellos el más venerado y por tanto el más importante y conocido. Prueba de ello es la mayor información y los grandiosos monumentos que en su honor se erigieron. Sumado a lo anterior está la trascendencia de su culto en el tiempo y en el espacio.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldred, Cyril: *Akhenaton, Faraón de Egipto*, Madrid, Col. Clio, 1989.
- Aldred, Cyril: *The Egyptians*. London, Thames and Hudson, 1987.
- Alvarez de Miranda, A.: *Magia y Religión del Toro Norteafricano*. Archivo Español de Arqueología XXVII, 1º y 2º semestre, nº. 89 y 90, pp.3-45, Madrid, Instituto de Arqueología y Prehistoria "Rodrigo Caro", 1954.
- Andrews, Carol: *Egyptian Mummies*. Massachusetts, USA, Harvard University Press, 1984.
- Arroyo de Anda, Luis Aveleyra: *Recopilación de notas sobre Religión y Dioses del Antiguo Egipto*. Mexico, D.F., Instituto de Historia UNAM, 1962.
- Background to Egypt: Five Thousand Years of Civilization*. England, Sackville Press Brillericay Ltd., s/a.
- Bagnani, Gilbert: *The Great Egyptian Crocodile Myster*. Archaeology, v.5, nº.2, pp.76-78, Amsterdm. The Archaeological Institute of America, 1952.
- Baines, John/Jaromik Malek: *Atlas of Ancient Egypt*. New York, Facts on File Pub., 1988.
- Bennetl Pritchard: James, *La Arqueología y el Antiguo Testamento*. Buenos Aires, Eudeba, 1962.
- Bernal, Martin: *Atenea Negra, Las Raíces Afroasiáticas de la Civilización Clásica*. Barcelona, Critica Grupo Grijalbo-Mondadori, 1993.
- Breasted, James Henry: *The Philosophy of a Menphite Priest*. Alterunskunde, v.XXXIX, Leipzig, J.C.Hinrichz'sche, 1901.
- Brier, Bob: *Momias de Egipto*. Barcelona, Edhasa, 1996.
- Bunson, Margaret: *The Encyclopedia of Ancient Egypt*. New York, Factos on File, 1991.

-
- Casson, Lionel: *Egipto Antiguo*. Amsterdam, Prost and Brandt, 1973.
- Cerny, Jaroslav: *Ancient Egyptian Religion*. London, Hutchinson's University Library, 1957.
- Chalus, Paul: *El Hombre y La religion*. Mexico D.F., Unión Tipografica, Ed. Hispanoamericano, 1964.
- Champdor, Albert: *El Libro Egipcio de los Muertos*. Madrid EDAF, 1982.
- Chevalier, Jean: *Diccionario de los Simbolos*. Barcelona, Ed. Herder, 1986.
- Depuydt, Leo: *Murder in Memphis, The Story of Cambises*. Journal of Near Eastern Studies, v.54, n°.2, pp.119-126, Chicago, USA, The University of Chicago Press, 1995.
- Derchain, Philippe: Et.All., *Historia de las Religiones. Las Religiones Antiguas*. v.I, Mexico D.F. Siglo XXI Editores, 1977.
- Desroches-Noblecourt: Christiane, *Tutankhamen*. Boston, New York Graphic Society, 1977.
- Dimick, John, *The Embalming House of the Apis Bulls*. Archaeology, v.II, n°3/4, pp.183-187, Amsterdam, Archaeological Institute of America, 1972.
- Drioton, Etienne/Jaques Vandier: *Historia de Egipto*. Trad. Yole de Vazquez-Precedo, Buenos Aires, Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1986.
- Durkheim, Emile: *Las Formas Elementales de la Vida Religiosa*. Mexico D.F., Ed. Colofon, s/a.
- Eliano, Claudio: *Historia de los Animales*, trad. Jose Maria Diaz-Regañon López, Madrid, Ed. Gredos, 1984.
- Eliade, Mircea/Ioan Couliano: *Diccionario de las Religiones*. Mexico D.F., Ed. Paidós, 1993.
- Eliade, Mircea: *Lo Sagrado y lo Profano*. Trad. Luis Gil, Barcelona, Ed. Labor, 1988.
- Eliade, Mircea: *The Encyclopedia of Religion*, v.5 (Egyptian Religion, Leonard Lesko). London: Collier Mcmillan Pub., 1987.
- Eliade, Mircea: *Tratado de Historia de las Religiones*. Mexico D.F., Ed. Biblioteca Era, 1988.
- Emery, Walter B.: *The Tomb of Hemaka*, Revue D'Egyptologie, tomo 4, pp.137-148, Paris, La Societe Francaise D'Egyptologie, Libraire C. Klincksieck. 1940.
- Engelmann, Helmut: *The Delian Aretalogy of Serapis*, Leiden, E.J. Brill, 1975.
- Ermann, Adolf: *Life in Ancient Egypt*. Nueva York, Dover Publications Inc., 1971.
- Fare Garnot, Jean Sainte: *La Vida Religiosa en el Antiguo Egipto*. Trad. Angel Cappelletti, Buenos Aires, Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- Faulkner, Raymond: *A Concise Dictionary of Middle Egyptian*. Oxford, Griffith Institute, 1986.
- Frankfort, Henri: *Ancient Egyptian Religion*. New York, Harper and Row Pub., 1961.
- Frankfort, Henri: *Reyes y Dioses*. Trad. Belen Garrigues, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Galan, Jose M.: *Bullfight Scenes in Ancient Egyptian Tombs*. The Journal of Egyptian Archaeology, v.80, pp.81-96, London, The Egyptian Exploration Society, 1994.
- Gilbrt, Allan: *Slaughterhouse of Meketre*. The Journal of Egyptian Archaeology, v.74, pp.69-88, London, The Egypt Exploration Society, 1988.
- Habachi, Labib: *The Obelisks of Egypt*. Cairo, The American University in Cairo Press, 1988.
- Herodoto: *Los Nueve Libros de la Historia*. Intr. Edmundo O'Gormann, Mexico, D.F., Ed. Porrúa, 1974
- Jensen, AD.: *Mito y Culto entre los Pueblos Primitivos*. Trad. Carlos Gerhart, Mexico, D.F., Fondo de Cultura Economica, 1986.
- Jones, Michel: *Apis Expedition at Mit-Rahina*. Journal of the American Research Center in Egypt, v. XXII, pp.17-20, Nueva York, American Research Center in Egypt, 1985.
- Jones, Michel: *El Templo de Apis en Memphis*. The Journal of Egyptian Archaeology, v.76, pp.141-147, London, The Egypt Exploration Society, 1990.
- Kater-Sibbes/M.J. Vermaseren: *The Monuments of the Hellenistic-Roman Period From Egypt*. Leiden, E.J. Brill, 1975.
- Schott, Erika: *Eine Datierte Apisbronze*, Revue D'Egyptologie, v.19, pp.87-98, Paris, La Societe Francaise D'Egyptologie, Libraire C. Klincksieck, 1967.
- Vos, R.L.: *The Apis Embalming Ritual*, P. Vindob 3873, Leuven, Vitgederij Peeters, 1993.

La Puerta Etrusca (IV)

Por Jorge R. Ogdon

21.

Oyó un rumor tras de la puerta y se quedó quieto como si le hubiese alcanzado un rayo. Sus ojos miraron febrilmente a su alrededor, buscando el origen de los sonidos y tratando de descifrar su naturaleza. Eran voces de mujeres. De dos mujeres, al parecer, que venían en su dirección, apagadas por la relativa lejanía y la puerta cerrada.

Sí, venían hacia la habitación en la que se encontraba. Aguzó el oído y reconoció las argentinas modulaciones de Angela, pero, junto a ellas, como un fondo de oleaje marino batiéndose en una tormenta, le llegaba un tono cascado, profundo, añejo, que le produjo cierta nerviosidad. Una voz *vieja*.

No alcanzaba a discernir claramente lo que decían entre sí, pero el murmullo y el deslizar de sus pasos indicaban que estaban próximas a entrar. ¡Oh! ¿Y si era la señora Delia? ¡Oh, qué horror! Debía esconderse, no sabía por qué, pero el mero recuerdo de su nombre y el temor reflejado en los ojos cristalinos de Angela crecieron desmesuradamente en alguna parte de su inconsciente, haciéndole temblar como una hoja librada al viento. "¡Hacerme el dormido!" ¡Eso era!

Cerró los ojos e intentó poner cara de natural dormilón, pero en su mente la tensión le sonaba como mil cuerdas de violín saltando al unísono en un desmañado y discordante acorde. Oyó el arrastrar de unos zapatos ligeros, como de franela rozando el espejado piso de madera oscura del corredor, y un cuchicheo por lo bajo, como insectos que forman un conciliábulo en la alacena de una cocina. ¿Quién estaba con Angela? ¿Y qué querían? ¿Era ya la hora de otra dosis del menjunje del Dr. Duval?

—¿Estás segura? —escuchó, ahora que la puerta se había abierto a medias, dejando entrar en la recámara un haz de luz de deformada geometría que alcanzaba a iluminarle apenas, arrobado entre las sábanas como un bebé y con cara de estar en el

séptimo cielo.

—Por supuesto, señora —replicó la joven con seguridad.

—Entonces... —cacareó la famosa y desconocida "señora Delia", pues Julio ya no dudaba que se trataba de ella.

—Entonces —concluyó la muchacha, y, por su tono de voz, la imaginó con el rostro cruzado por su franca sonrisa.

—Bien, bien... —espetó la anciana, como si tosiera y las palabras le surgieran de unos pulmones secos y polvorientos, como si fueran estructuras de edificios en demolición. Imaginó las vigas de hierro viejo y oxidado atravesando muros de ladrillos derruidos y ventanas que parecían cuencas vaciadas y tristes, mirando desde su remota muerte la vida que habían visto durante siglos.

—Sabía que le complacería, señora —agregó la ama de llaves, al cabo de un rato, y volvió a imaginar su amplia sonrisa.

—¿A qué hora debes darle el filtro? —preguntó de inmediato la vieja, con una voz cavernosa.

—Oh..., faltan un par de horas todavía, señora —respondió la muchacha, como al descuido.

—Bien. Le prepararé un fortificante para entonces. Ahora, dejémosle descansar bien —continuó la otra. Escuchó desde su refugio interior que las dos mujeres cerraban la puerta con disimulo, y alcanzó a oír una frase de la que imaginaba una vieja, que le dejó pensando por un largo tiempo.

—..., es hermoso, ¿no es cierto, niña?... —No alcanzó a escuchar si la "niña" decía algo al respecto, solamente le pareció que una risa de campanillas se iba perdiendo por el corredor, escaleras abajo.

22.

—Creía que la señora Delia no abandonaba su cocina —le dijo Julio a Angela, cuando volvió con la bandeja donde se veían el jarabe y la vajilla

de porcelana y plata.

Angela se quedó rígida, en el momento en que apoyaba el servicio sobre la mesa de luz de granito negro, al lado de la misteriosa lámpara iridiscente.

—¿Cómo dice, *Signore Conde*? —atinó a decir, abrumada por la inesperada revelación.

—Que creía, según me dijo usted misma, que Delia no salía de la cocina, y, sin embargo, ha estado con usted, aquí, en mi cuarto, hace un par de horas —le espetó Julio, con el rostro serio y ceñudo de quien recrimina una flagrante mentira.

—*Signore Conde*, ¡por Dios, le juro que no he vuelto desde la última vez que estuve aquí! —exclamó la joven, con la voz quebrada por el dolor que le provocaba lo que esa actitud y esas palabras implicaban.

—Oh, vamos, Angela, usted estuvo aquí, con esa *señora Delia*, que no sé ni quien es, ni por qué tengo que tratarla como si fuera una condesa... El *conde acá soy yo*, ¿está claro? Ahora, *niña*, así te llamó Delia, ¿no es cierto? —arrancó Julio, con un gesto de enojo que hizo retroceder a la muchacha, temerosa.

—¡No tengas miedo! ¡Si no voy a golpearle, Angela!... No voy a golpearle, vamos. Pero no me tomes por tonto. Las escuché a las dos mientras venían y hablaban de mí. Yo fingí dormir porque, ... porque, no sé. Fue cuando escuché la voz de Delia. Me asusté porque usted también demostró temor al mencionarla... —Julio, con gestos desmañados, trató de sosegarse, infundir confianza en Angela, y, a la vez, decirle lo que sabía.

—Por favor, *Signore Conde*, tiene que creerme, no le miento. No he vuelto a esta habitación antes de ahora. ¿Con qué propósito? Y a la señora Delia, yo no le tengo miedo, sino que la respeto. ¿De dónde ha sacado toda esta historia? Ella realmente *vive* en su cocina, nunca sale de allí. No es posible que ella viniera a su cuarto, *Signore Conde*.

—¡¿Decís que miento, mocosa maleducada?! —gritó Julio, algo exasperado por ese comentario que, a la luz de lo vivido, le resultaba completamente falaz.

—Oh..., *Signore*... —alcanzó a pronunciar Angela, con el rostro compungido y las lágrimas a punto de saltar de sus enturbiados ojos.

—¡*Signore*, nada! Sé perfectamente de lo que hablo, Angela. ¡No me tome el pelo a mí! Usted y

Delia estuvieron aquí, mirándome mientras fingía dormir, hablando cosas sobre mí que no entiendo y quiero que me las aclare, ¡ya mismo! —continuó Julio con mayor exaltación. Era como si una turbulencia incontrolable estuviera arrasando sus entrañas y su cabeza, ¡cómo era posible que siguiera negándolo!

De improviso, se abrió la puerta de la habitación y entró el doctor Duval con paso vigoroso y diciendo, con su voz campechana:

—¡Buenos días, tengan ustedes! ¡Ah, *Signore Conde*! Que alegría, que alegría, ya le veo rebosante como un ternero mamón, ¡ja, ja! Bueno, bueno, Angela, que veo aquí... Hum, le falta esta dosis todavía, ¿no es cierto, *Signore Conde*? Claro he llegado algo temprano, pero, como usted sabe, *Signore Conde*, el médico en eso es como Dios, sin tiempo, no sabemos que hora es ni si es de día ni de noche, sólo nos guía el deseo de mejorar la salud de nuestros pacientes y salvar, Dios mediante, la vida de algunos. Aunque, entre nosotros, *Signore Conde*, hay algunos que sería preferible dejarles seguir el natural sendero que Dios les ha trazado, je, je —se deshizo en gesticulaciones, al tiempo que arrojaba su deshilvanado discurso a la cara de Julio.

—Doctor...,oh, bueno... sí, gracias a los cuidados de Angela y sus indicaciones, me encuentro bastante mejor, por cierto —dijo Julio, sin saber cómo ocultarle a Duval la circunstancia desagradable que había interrumpido con su intempestiva llegada.

—Je, je, *Signore Conde*. Me encanta cuando usted cree que puede despistarme como a un iletrado. Si no tomó la última dosis, estoy seguro que se encuentra en un estado bastante alterado, ¿me equivoco, Angela?

—No, doctor Duval, no se equivoca —respondió la joven, ahora con los ojos secos y fieros, y con esa seguridad que Julio no pudo dejar de asociar al momento en que pretendía dormir y ella hacía manifestación de la misma, aunque se lo negara con aparente honradez.

—Pero... —dijo Julio, intentando esbozar una excusa apropiada, quedándose a mitad de camino. El doctor Duval le había tomado firmemente el brazo izquierdo y ya estaba empujando el émbolo de una hipodérmica que había clavado con inusual habilidad, seguramente mientras se inclinaba sobre él, al tiempo que, con su sonrisa para comprar niños, le decía:

—Solamente falta este detalle, *Signore Conde*, y, junto con esa cucharada del tónico, *usted será otra persona*, je, je. Descuide, no duele nada.

La cabeza de Julio hizo una pirueta aeronáutica en el interior de su cráneo, sus ojos se voltearon, como siguiendo el invisible hilo de ese pensamiento volador, y luego, su cuerpo se desplomó suavemente en el regazo de Angela, que sonreía como una *madonna* acunando al Niño, a la vez que le abría la boca para que el doctor Duval vaciara la cuchara de su contenido en la garganta, mientras murmuraba lo que debieron ser palabras de confortación y reaseguro de que todo esto era por su recuperación. Por la recuperación del *Signore Conde*.

23.

Primero fue el trino dulce y melódico de los pájaros lo que devolvió a Julio la conciencia de este mundo; luego, el rumor de la suave brisa matinal danzando con las hojas en las copas de los árboles, como el deslizar de la seda de largas faldas y de tacos sobre alfombras mullidas en decenas de salas de baile; su fondo, era el incierto concierto de casi inaudibles notas musicales entremezcladas, producidas por la vida invisible de las montañas.

Abrió sus ojos completamente y se encontró arropado en una bata gruesa, con un pijama de lanilla púrpura debajo, medias de lana gruesa y basta, de color claro, y calzado con un par de grandes y oscuras pantuflas de piel. ¿Qué piel? ¿Oveja, cordero? ¿Qué animales criarán aquí? El color le sugirió más bien un oso o un zorro. ¿Teñidos? Otro misterio sin resolver.

Miró alrededor algo azorado: estaba echado boca arriba en un sillón de jardín hecho de hierro forjado, blanco y cómodo, con un único y enorme almohadón de tela rústica desvaída, pero confortable y cálida, relleno de vaya a saberse qué; ¿plumas de ganso? Un lujo impensable y caro en Buenos Aires. ¿Será caro un almohadón de pluma de ganso en este lugar? Si tienen gansos...

Volvió su atención, de nuevo, al entorno. Se encontraba en la galería de columnas que daba a la parte trasera del caserón, la que mantenía el estilo y decoración que recordaba tenía al frente, sólo que ahora el panorama ante su vista era un

jardín vasto que se perdía hacia un apretado bosque de árboles añosos y frondosas copas. ¿Era éste el jardín de su sueño, aquel donde había vislumbrado la embozada silueta misteriosa? "¡Qué locura, viejo!".

Se quedó estático al percibir un rumor indefinido hacia su derecha, como de ligeros pies recorriendo el pasto algo crecido y descuidado del amplio parque. Miró hacia el lugar de donde provenía el silente paso y se quedó entre estupefacto y desilusionado: allí, a unos cuarenta metros de donde se encontraba, se habían detenido, con el hocico petrificado en su olfato, las orejas tiasas como de rigidez cadavérica y los ojos clavados en él, una curiosa jauría de lo que imaginó serían lobos de la montaña, pero pronto se dio cuenta de que eran sólo tres corrientes y escuálidos perros, que más bien parecían descarnados chacales, los que seguramente andarían vagando por esas zonas despobladas y vinieron a dar a su residencia, quizás atraídos por el aroma a comida o por el ajeteo de las gentes.

Los perros no parecían nada del otro mundo; por el contrario, lucían como lo que eran, unos canes errabundos... y probablemente hambrientos. La idea le resultó muy desagradable. Estaban flacuchos, pero eran tres y si tenían hambre...

Comenzó a erguirse con cuidado de la jardinera, mirando atentamente cualquier movimiento amenazador que pudiera provenir de los mastines desgredados y descoloridos, que continuaban petrificados en sus posiciones, como fósiles desenterrados en la ladera de una colina; se hubiera dicho eran estatuas si no fuera por el brillo vivo y feroz de sus penetrantes ojos. Cuando uno de ellos sacudió el morro y enseñó dos hileras de amarillentos y desgastados dientes, acompañando su gesto con un gruñido profundo y creciente, a Julio no le cupo la menor duda de sus intenciones: iba a ser el suculento festín de ese trío de inesperados visitantes.

El respingo que dio Julio cuando escuchó la primera descarga lo tiró fuera de la jardinera al piso. Las siguientes se sucedieron tan rápido que, cuando asomó su cara de susto por sobre la reposera, para ver lo que ocurría, el perro que antes le gruñía yacía con tres cuartos de cabeza menos en el suelo, otro rengueaba sobre dos patas, con los cuartos traseros destrozados y el tercero se había dado a la fuga. Otra nueva estampida

despanzurró al superviviente rengo, que, entre aullidos de dolor, terminó muriendo ni bien tocó la tierra.

Julio ladeó su cabeza, presa de un susto mayor, y vio a Vípero, parado en el extremo derecho de la galería, con una escopeta Winchester todavía humeante en sus manos, que le gritaba:

—¿Se encuentra usted bien, *Signore Conde*?

No supo que responderle, porque cuando los ecos de los disparos abandonaron sus tímpanos, notó que ningún pájaro cantaba ya en la copa de los árboles.

Un ruido detrás de él le hizo voltear y se encontró con Angela que le decía:

—¡Santo Dios, *Signore Conde*! ¿Qué ha pasado aquí?

—Nada, Angela, unos perros... —contestó algo aturdido y avergonzado de que la joven siempre lo encontrara en las peores condiciones.

—¡Oh, *Signore Conde*! Permítame que le ayude a levantarse —dijo la muchacha.

En ese momento apareció Vípero, con cara compungida y alegrando:

—Lo siento, *Signore Conde*, no me explico como *Brutus* y *Canes* no impidieron que esas malditas bestias llegaran hasta aquí. Seguramente que las están alimentando los cuidadores, por eso no estaban en sus puestos...

—Alto, alto, Vípero. Primero tienes que decirme quienes son esos *Brutus* y *Canes*, ¿eh?

—Sus mastines, *Signore Conde* —respondió con naturalidad Angela, dejando al mayordomo con la palabra en la boca.

—Ah... bueno saberlo, ¿así que tengo perros?

—Sí, *Signore Conde*, como todos los Scarlatti.

—Ah...

—¿Desea que le acompañemos a su cuarto, *Signore Conde*? —agregó Vípero, echando una mirada furtiva por sobre su hombro.

—En absoluto. Me quedaré aquí, a esperar que vuelvan a trinar los pájaros. Siempre y cuando los mastines cumplan sus funciones —dijo tajantemente Julio, con el rostro cambiado.

—Lo que usted desee, *Signore Conde* —contestó Vípero, que dio media vuelta y se marchó por la galería, con la escopeta al hombro.

—¿Está seguro, *Signore Conde*, que quiere quedarse aquí? —le preguntó Angela.

—Para nada. Iré a mi cuarto a cambiarme.

Cuando regrese, quiero almorzar. Disponga, Angela, de que así sea —respondió Julio, sacudiendo con vehemencia la cabeza.

—Sí, *Signore Conde* —atinó a responder quedadamente Angela.

—Y, además, quiero que me muestre toda la casa. Por entero, Angela —terminó Julio concluyentemente.

—Sí, *Signore Conde*.

Julio se quedó pensando, mientras Angela se retiraba, porque, a último momento, la muchacha había ocultado una naciente sonrisa a flor de labios.

24.

Julio bajaba jovialmente por las escaleras, vistiendo un vaquero azul gastado, una camisa de color caqui y calzaba un par de botines de cuero marrón oscuro. Se había afeitado y peinado prolijamente. Tenía un aspecto totalmente fresco y se notaba que la recuperación había sido completa. "Después de todo, este Duval se merece el título de doctor. Me siento estupendo".

Como guiado por un conocimiento que alguna parte de su conciencia le decía no *podía* poseer, se dirigió con paso firme hacia la sala que daba a la galería en la que acababa de tener lugar el episodio de los perros vagabundos. Salió al exterior y descendió la escalera que se abría sobre el extremo derecho, deteniéndose a los pies de la misma, sobre el mármol blanco del descanso, y se puso a escuchar atentamente. Los pájaros habían retornado y, con ellos, los trinos. Eso le puso de buen humor.

Una voz familiar le hizo voltear la cabeza hacia la galería. Angela le llamaba:

—*Signore Conde*... *Signore Conde*. El almuerzo está preparado, ¿dónde desea tomarlo?

—¿Dónde almorzaba el conde Bruno?

—En el gran salón, *Signore Conde*.

—Bueno, lléveme allí, Angela —respondió Julio, mientras empezaba a subir los niveles peldaños.

—Sí, *Signore Conde* —murmuró la chica, haciéndose a un lado para dejarle pasar.

—Usted primero, Angela —le ordenó Julio, haciendo un gesto con el brazo, como abriéndole el camino.

Angela tomó con sus pequeñas manos los pliegues de su larga falda y encabezó la marcha a

lo largo de la galería.

—Dígame, Angela..., ¿Hay una biblioteca en esta casa? —le dijo Julio mientras la seguía.

—Sí, *Signore Conde*, está junto a su habitación, en el piso superior —contestó la joven, sin volver la cabeza.

—Ah —acotó Julio, y le preguntó de nuevo —¿Y mi maletín con mis papeles? ¿Dónde están, Angela?

—En donde los dejé la última vez que los vi. Sobre uno de los silloncitos junto a su cama, *Signore Conde* —respondió la muchacha, con la voz menos tensa.

—Bueno, que después lo lleven todo a la biblioteca, ¿puede encargarse de eso mientras tomo mi comida, Angela? —agregó Julio, mientras fijaba su mirada sobre las contoneantes posaderas de la joven.

—Sí, *Signore Conde*. Lo haré personalmente, si lo prefiere —siguió diciendo ella.

—¿Y quién me atenderá durante la comida? —preguntó algo extrañado el nuevo conde.

—Mi hermana, *Signore Conde* —contestó Angela con toda naturalidad y con un dejo de no sé que picardía infantil.

Julio se quedó un poco inquieto ante esta novedad. ¡Así que Angela tenía una hermana! ¡Que bien podía ser la misteriosa visitante que había venido a verle dormido! ¡La acompañante de la misteriosa señora Delia!

Un nuevo escalofrío, de sensaciones conocidas y detestadas, creció desde la base de su columna hasta la de su nuca. Un tono argentino familiar y temible, acompañado del rugir diabólico de las olas del océano inconmensurable, comenzó a sonar en su cabeza.

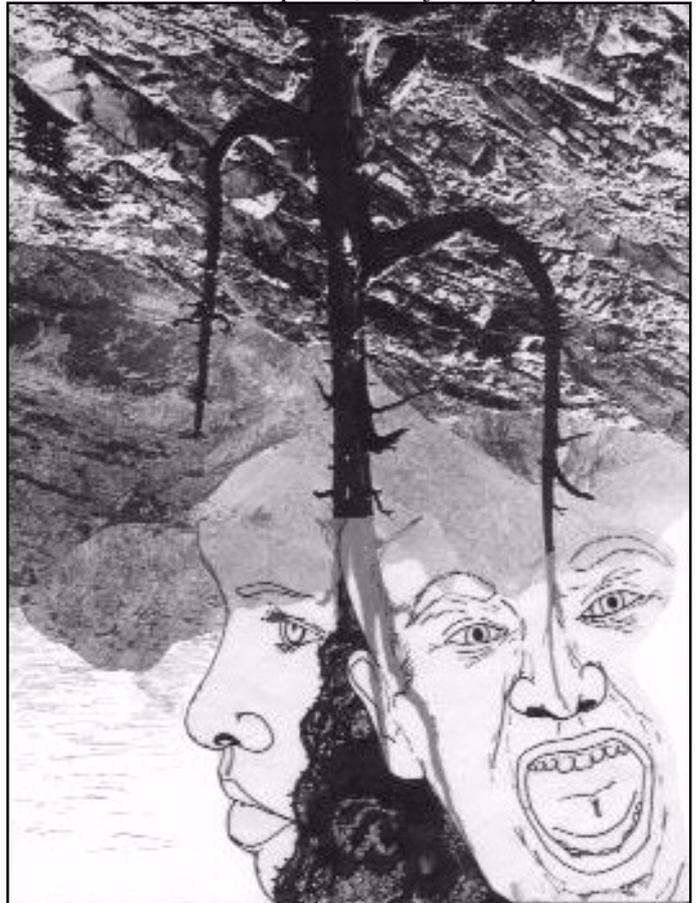
¡Ahora vería el rostro de quien había osado violar la intimidad de su cuarto, para introducirse como ladrona, y encima acompañada por una arpía!

Ensimismado como iba, Julio no se había dado cuenta que Angela lo había introducido a un enorme salón cuyas paredes eran completamente espejos, del piso al techo, techumbre que, por otra parte, no era sino una continuación de la parte que había visto cuando el episodio del balcón en el corredor superior.

Los titánicos espejos alternaban, en una disposición variable, que se le antojó caprichosa, con grandes ventanales cubiertos por tenues gasas de una transparencia casi sobrenatural, que

flotaban ante la suave brisa que se introducía por algunos de los batientes abiertos.

La escena toda le pareció salida de un cuadro de la era romántica; difuso, con un halo de brillo espectral. Se quedó pensando en Edgar Allan Poe, y, a la vez, lo vio desprovisto de cualquier connotación macabra. La asociación, y su disociación implícita, le dejaron sorprendido.



Hasta que la voz, profunda y tersa, pero exaltada, de una desconocida le hizo volver a la realidad:

—¡Qué placer, al fin, conocerle, *Signore Conde*! ¡Soy Valentina, la hermana menor de Angela! —escuchó que le recibía alborozada una niña de no más de trece, con el rostro más precioso que había visto en la vida, después del Angela. Aunque este era muchísimo más añado, más puro..., se dijo, por decir algo de tamaña belleza en un retoño humano.

—¡Oh...! Disculpa, niña, venía pensando en otra cosa —dijo Julio algo sobresaltado ante tanta efusividad.

—*Signore Conde*, no se engañe, Valentina no es ninguna niña —intervino Angela con una

sonrisa orgullosa en los labios.

—¿Ah, no? Y, ¿qué edad tiene? —preguntó Julio al tiempo que miraba fijamente la cara animada de Valentina.

—Oh..., *Signore Conde*, ¿no querrá usted saber, en realidad, la edad de *mi* hermana? —acotó Valentina con un sesgo de picardía, y lanzó una risita tonta seguida de un suspiro profundo.

—¡Vale! ¡Compórtate! Es el *Signore Conde*, nuestro señor —le espetó con rudeza Angela, mientras le daba un disimulado codazo.

—Bueno, bueno, para mí las dos son muy jovencitas. Así que cada una a lo suyo. Tú, Angela, a poner mis cosas en la biblioteca. Y tú, pequeña, la verdad no eres más que una pequeñuela para mí. ¿Ya comiste algo, Vale? —se expresó conciliador el conde, terminando su invitación a la niña para que se sentara a su lado.

La niña se negó rotundamente, pero aceptó hacerlo en un lado de la mesa. Allí, mientras mordisqueaba un trozo de pan con queso duro, miraba a Julio con ojos de curiosidad, como si le estuviera haciendo una radiografía imaginaria. Por un momento, la actitud le resultó muy incómoda, luego, francamente intolerable, así que dejó los cubiertos, tragó el trozo de carne que estaba masticando y, luego de lavarse el garguero con un largo trago de vino tinto, le dijo, señalándola con el dedo de una mano:

—¿Porqué me miras así, Vale? Me está resultando raro, ¿sabes?

—Porque lo encuentro hermoso, *Signore Conde* —le dijo Valentina sin inmutarse en lo más mínimo y sin dejar de observarle como si se lo comiera con los ojos.

—¡Epa! ¿Qué es eso, niñita? No está bien... —exclamó Julio, muy alterado por la inesperada confesión de esa infante.

—Angela ya le dijo que yo no soy una niñita. ¿Quiere saber *realmente* nuestra edad..., *Signore Conde*? —le respondió ella, dejándolo más asombrado todavía —Ya me parecía. Y sigo sosteniendo que le encuentro una persona muy hermosa. ¿Ninguna mujer se lo dijo nunca en su vida?

—Dios, no..., no sé, no me acuerdo..., pero...

—No se acuerda. ¡Por Dios! ¿Cómo no puede acordarse si le resultó lindo a alguna mujer? ¿Una?...

—Mira, hija,...

—No soy su hija, *Signore Conde*,... Oh, lo

siento, *Signore Conde*, me estoy sobrepasando y Angela me va a cascar con toda razón...

—No, no, Vale, está bien. Los niños son francos y crueles,...

—Y dale con lo de niña, niños y la parentela...

—Ahora sí te estás pasando...

En ese momento, entró Angela, que puso cara de extrañada al verles en tan animado diálogo, sentados a la mesa.

—Vale, ¿qué haces todavía allí sentada como gran señora? ¡A tus deberes, vamos! La señora Delia te necesita... ¡a la cocina! —se dirigió a su hermana sin contemplaciones, y, con tono de disculpa, a Julio: es una cosa terrible esta mocosa. Ya se acostumbrará, *Signore Conde*, a tratarle con el respeto que usted merece.

—Vale me parece muy simpática y realmente nos tratamos con mucho respeto. No tengo quejas, así que no invente lo que no existe, Angela. Pero dígame, ¿alguna otra sorpresa "familiar" que tengo que aguardar?

—Oh..., no, no, *Signore Conde*, no tengo más hermanas.

—¿Y hermanos?

—No, tampoco, ¿porqué me lo pregunta?

—Durante mi siesta me pareció ver a un joven o adulto joven que salía embozado por el jardín.

—Imposible. ¿En el jardín, a la siesta?

—Bueno, era de noche...

—Pero dijo que fue a la siesta...

—Sí, no, creo que estaba soñando

—Oh, vamos, *Signore Conde*, me parece que todavía no está usted repuesto de esos mareos

—No, era real. Era un joven, creo...

—No puede ser —negó Angela con tanta vehemencia, que Julio se quedó con la mirada fija en su rostro.

Ese rostro mostraba franqueza, pero en sus ojos vio pasar un relámpago de ira que tiñó de rojo sangre las pupilas de Angela.

25.

Con una loca fiereza pintada en la cara, los cabellos nimbando su cabeza, los ojos brillantes y distantes, una sonrisa marmórea cruzándole el semblante, Julio azuzaba con los talones enfundados en recias botas de montar, negras y lustrosas, los flancos de su negra cabalgadura, cuyas crines flotaban al viento.

Y, precisamente, el nombre del noble animal

era *Bóreas*, en honor al viento norte. Angela le había dicho la leyenda detrás del natural evento en una zona montañosa como esa:

—Yo le puedo decir, *Signore Conde*, quién fue *Bóreas* —iba recordando que le había dicho, a medida que galopaba sobre ese viento latiente que le lleva al otro del monte, mientras veía a *Vípero* lejos, detrás suyo, y se veía acompañado sólo por el infatigable vigor de sus dos mastines, *Brutus* y *Canes*, cuyas lenguas luengas y reseca le indicaban del esfuerzo que hacían por estar a la par de su cabalgata,... si fuera necesario, de morir corriendo por él.

—Entonces dígame, Angela. Me encanta cómo cuenta sus cuentos legendarios - se vio diciéndole a la bonita joven. "¡Ah, Angela!" - suspiró en su mente, y lanzó una risa salvaje al aire frío que buscaba cortarle la garganta.

—Pues bien, es sencilla y corta. *Bóreas* era el hijo de *Aurora*, "la de dedos de rosa" y "peplo azafranado". Así la cantaba el poeta griego *Homero*. El maestro de los bardos antiguos —arrancó la muchacha con entusiasmo.

Recordaba su rostro anfiado encendido por el rubor de la excitación por saberse escuchada, y que el que escuchaba gozaba con su dulce voz y su interesante recuerdo.

—¿Dedos de rosa? ¡Los suyos, Angela! — "¡Ja, qué colores en sus mejillas, qué rubor! ¡Qué chica más divina!"

—¡*Signore Conde*, se burla usted de mí! — "Un reproche sin sentido, Angela. Yo te tomo como algo muy serio para mí".

—Lo siento, sigue —"Tu sonrisa y la mía, al toque de ese comentario, bueno. Tengo que ir a fondo cuando te vea".

—Bueno. Pero prométame no reírse de nuevo. La historia es seria. Le decía que nació de uno de los tantos amores de *Aurora*, a quien *Afrodita* condenó a estar eternamente enamorada. Su amor más cruel fue con *Titono*. Para estar siempre juntos, *Aurora* le pidió a *Júpiter* que diera la inmortalidad a aquel, pero se olvidó de pedir que le concediera, también, la eterna juventud. Pobre *Aurora*, veía con el tiempo que su amado se volvía una pasa de uva seca - "¡Pero cómo evitar reírme con semejante chiste negro! ¡Ja, ja, ja, si todavía lo hago!"

—¡Ja, ja, ja, ay, Angela, no me haga reír más, ja, ja, ja! —"¡Ay, guapa, si sigo riendo, me muero! ¡Ja, ja, ja!" Se dio vuelta para alentar a sus

mastines, que se estaban retrasando. *Bóreas* hacía honor a su nombre y seguía dale que dale hacia la cima del monte. Llegaría pronto.

—¡A veces es usted insufrible, *Signore Conde*, es cruel! —"A veces la crueldad se casa con la alegría. Suerte que callé."

—Vamos, vamos, ja, ja, no me va a decir que no tiene algo de tragicómico. Y ahora, esa es la historia de *Aurora*, ¿qué hay de *Bóreas*, al fin de cuentas? —"Nada mejor que salir de una situación indeseable para pasar a una que la pusiera en su carril". Ya veía la cresta arbolada. Del otro lado...

—Está bien, *Signore Conde*. La de *Bóreas* es más feliz, como su caballo. Simplemente se unió a las yeguas de *Erictonio*, de las que nacieron veloces y resistentes corceles, como *Bóreas*. Es veloz como su padre, el viento —dijo Angela con el rostro encendido por la vivacidad. "¡Qué rostro, que boca, que ojos! ¡Ay, Dios, estoy enamorado!... Aquí estamos, Julito".

—¡Sooooo! —gritó a *Bóreas*, al tiempo que tiraba reciamente de las riendas, que tomaba firmemente con sus manos embutidas en sendos guantes de cuero negro brillante.

Hizo que el caballo torciese su cuerpo y miró colina abajo. Los mastines estaban a apenas cuarenta metros por detrás de él, y no parecían tener intención de aligerar el paso en lo más mínimo. A unos ciento cincuenta metros, un bulto y el polvo que levantaba tras de sí, le indicaron que *Vípero* tardaría un poco, pero poco más en llegar a él.

—Vamos a ganarles a estos remolones, ¿no es cierto, amigo *Bóreas*? —susurró a oídos del caballo, cuyos ojos brillaron bajo el pálido sol, acompañando un relincho.

—¡Iaa, iaaaa! ¡No paramos hasta el túmulo! ¡Iaaa, a ganar, *Bóreas*!"

El viento del norte había empezado a soplar gélido y furioso, le azotaba el rostro, insensibilizándole, hacía que sus ojos y sus labios se cerraran en un esfuerzo por avanzar; parecía un centauro, hombre y caballo, una sola vida, un solo deseo, el calor que le hacía atravesar el sopro incontenible de un aire opuesto, el corazón ardiente por llegar al Túmulo Grande "A" ..

(continuará en el siguiente número)



QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.dreamers.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2002 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno